

CLAUDIO MAGRIS

Instantáneas



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

INSTANTÁNEAS

CLAUDIO MAGRIS



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Instantanee

Edición en formato digital: enero de 2020

© imagen de cubierta, Ile Rousse, Luigi Ghirri, 1976. © Herederos de Luigi Ghirri

© de la traducción, Pilar González Rodríguez, 2020

© La nave di Teseo, 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2020
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4117-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

A mi padre y a mi madre

Istantanea

... eseguita con un tempo di esposizione
molto breve senza l'impiego di
un sostegno...

SALVATORE BATTAGLIA,

Grande dizionario della lingua italiana

Instantánea

... obtenida con una exposición de una
fracción de segundo...

M. SECO, O. ANDRÉS y G. RAMOS,

Diccionario del español actual

LA PALOMA Y EL ÁGUILA BICÉFALA

En el Jardín público de Trieste, a los pies de una estatua que representa a una Italia semidesnuda con un águila bicéfala en el hombro —símbolo de la Austria de los Habsburgo abatida en la Primera Guerra Mundial y transformada en una especie de exquisita pieza de caza para la cazuela — hay una paloma muerta. Está caída con las patas arriba; tiene un ojo hinchado por la sangre coagulada y medio fuera de la órbita. Seis o siete palomas salen de una mata, se acercan a saltitos en fila, ordenadamente. Le saltan encima por turnos, una detrás de otra, mientras el resto del grupo mira, la montan batiendo frenéticas las alas y abriendo y cerrando el pico sin parar. La violación necrófila dura muy poco cada vez, es evidente que los palomos son amantes rápidos; pero todos se vuelven a poner a la cola y cada uno, cuando tras unos segundos le toca de nuevo, repite la operación. Alguno, antes de bajarse del cuerpo cada vez más destrozado e informe, estira y dobla el cuello y da un par de violentos picotazos a la cabeza inmóvil y pisoteada, golpeando sobre todo el ojo herido y al fin despachurrándolo definitivamente. Tras unos minutos, el grupo se aleja, desaparece entre las flores de los pensamientos. Un palomo se queda rezagado, se para y mira receloso con un ojo dilatado, rígido como el del cadáver.

17 de abril de 1999

EL TABERNERO Y SU GUERRA

También en las tabernas se habla de la guerra en Serbia y, por extensión, de la guerra en general. Y el tabernero de una taberna situada a los pies de la colina de San Justo, en Trieste, da su opinión desde detrás de la barra. También él hizo la guerra en el 44-45, pero no podría decir con seguridad por quién y contra quién. Los alemanes lo habían arrestado y, después de unos meses de cárcel, le ofrecieron la alternativa de ser deportado a Alemania o de colaborar con ellos. Tras haber optado por la segunda solución —se puede elegir solo lo menos malo, dice, nunca lo mejor—, fue enviado a vigilar una vía de tren con otros entre los que destacaba un charcutero de Roma, que le enseñó a qué temperatura deben conservarse los distintos embutidos.

En aquella vía nunca sucedía nada; en una ocasión ayudó a una mujer que arrastraba una maleta bastante pesada a cruzar la vía y a subir el escarpado terraplén del otro lado. Por la noche, en cambio, llegaban a veces los partisanos y disparaban contra el cuartel en el que se encontraban, que, además, era una *osmiza*, una casa hostería en el Carso. Por suerte el charcutero tenía una metralleta que disparaba muchas ráfagas; él, por su parte, lanzaba bombas de mano por la ventana, pero a ciegas, desde el fondo de la habitación para no convertirse en blanco fácil y sin ver dónde caían las bombas. Por la mañana los partisanos se retiraban, ellos se preparaban algo de comer y dormían un par de horas. Capturado por los partisanos, que finalmente tomaron el cuartel-*osmiza*, fue conducido esposado a un puesto de mando en Eslovenia y la mujer a la que había ayudado a cruzar la vía lo reconoció en el pueblo. Una vez liberado, fue reclutado por los partisanos, que lo pusieron a trabajar en la cocina, donde aprendió los rudimentos de su posterior trabajo de tabernero.

Es un hombre generoso, con un sentido instintivo de solidaridad con los demás. En los solemnes funerales de los tres periodistas de la RAI muertos en Mostar, que se celebraron en la catedral de San Giusto en febrero de 1994, la corona más grande era la que había enviado él, que no los había conocido. Así, por generosidad: «No puedo ofrecerles una copa, así que...» Cuando le pregunto si durante los asaltos a aquella casa en que lo habían metido los alemanes había muerto alguien, responde «¡Nooo!», sorprendido por la pregunta. Pero tampoco se habría escandalizado si hubiese sucedido, incluso a él. Morir forma parte de los obvios riesgos del oficio de vivir. Como dijo un escritor polaco, Stanisław Lec —que él no ha leído, pero con el que está plenamente de acuerdo sin saberlo—, vivir es siempre peligroso, quien vive muere.

5 de mayo de 1999

UN MUERTO DE POCO FIAR

En Budapest, en una sala abarrotada de gente se celebra un congreso literario. De pronto se oyen voces alarmadas que piden un médico. Un anciano, vestido con traje azul, camisa blanca y cuello duro, se ha desplomado, térreo y exánime, en una silla. Se abren ventanas, alguien llama a una ambulancia, llevan al hombre a una habitación contigua y lo acomodan en un sofá. En el estrado, organizadores y oradores se miran desconcertados sin saber qué hacer, divididos entre el respeto por la vida, es decir, por la (eventual) muerte, el deber hacia el público, el impulso automático de llevar a término, pese a todo, lo que habían iniciado, la vanidad de oír elogiar el propio libro y todos con el temor de pasar por gafe si sucedía lo peor mientras estaba hablando precisamente él. Es posible que alguno desee que, si tiene que suceder, no suceda allí, sino en otro lugar, en el hospital, al día siguiente.

Las tranquilizadoras aunque cautas noticias que llegan de la sala contigua, cada vez más positivas, inducen a reanudar los trabajos que, tras cierta indecisión, prosiguen más ágiles y brillantes por momentos y concluyen con la satisfacción prevista. Después del congreso, se sirve un abundante y sabroso aperitivo en otro salón, que en pocos minutos rebosa de gente engullendo a dos carrillos. En medio de aquel guirigay se descubre de pronto al anciano poco antes moribundo totalmente recuperado —quizá de una hipoglucemia— atracándose de crepes y *cotechino*, de pie, zarandeado por el gentío, con las manos ocupadas con vasos y platos de cartón.

Uno de los conferenciantes lo mira adusto, tal vez indignado por que se hubiera interrumpido su lectura por un malestar de nada; para interrumpir justificadamente a un escritor como él tiene que haber un motivo serio, por ejemplo, algo que tenga que ver con la muerte o con su eventualidad, no una indisposición de poca monta, inapropiada para la importancia y el peso de sus libros. La muerte no debería ser tan de poco fiar. De todas formas, no se puede conmover a los demás dos veces en un breve espacio de tiempo; si el viejecillo muriese ahora, con aquella tarta de chocolate entre las manos, conmovería los espíritus bastante menos que dos horas antes. Incluso para un personaje famoso sería una verdadera mala pata morir poco después de Versace y Lady Diana, cuando el atracón de blandenguería sentimental había agotado las reservas de líquido lacrimal para una temporada.

14 de junio de 1999

TRECEMILOCHOCIENTASETENTAYNUEVE NOCHES

El banquero alemán Hilman Kopper deja a su mujer Irene, tras treinta y ocho años de matrimonio, para irse con Brigitte Seebacher, viuda de Willy Brandt. Nada que objetar si el banquero, presidente del Consejo de Vigilancia del Deutsche Bank, no ofreciese una justificación involuntariamente hilarante de su abandono del domicilio conyugal. En lugar de quedarse callado —puesto que son asuntos suyos y de su mujer— o, todo lo más, decir que su historia con Irene se había terminado, como pueden terminar y a veces terminan incluso las historias intensas y duraderas y es necesario sacar sus consecuencias, proclama: «Quiero hacer lo que quiera y ser por fin libre. Y si por la noche no tengo ganas de cenar, quiero también no cenar.»

Pobre presidente, qué lamentable vida debe de haber llevado hasta ahora si ha esperado treinta y ocho años para levantar la cabeza, si durante 13.879 noches ha aceptado tragar bocados que se le quedaban atravesados en la garganta. Esperemos que en su actividad bancaria, de considerable responsabilidad, sea más decidido. Si doña Irene ha sido semejante plaga de Egipto, el presidente no ha debido de tener una gran experiencia con las mujeres y no ha entendido el amor a tiempo. Y todavía menos si ella no ha sido su amor y él no entiende la aventura, la libertad, el juego, el riesgo, la intensidad de la existencia compartida, la confianza amorosa que se acrecienta de día en día, la odisea del vivir, dormir, envejecer y, sobre todo, descubrir y amar el mundo juntos. El inexperto presidente, es obvio, no sabe compartir la existencia sin obedecer y, sintiéndose de pronto libre, patalea como un niño y repite: ¡quiero, quiero, quiero! Pero ¿quién le asegura que la señora Brigitte Seebacher no lo atiborrrará también, visto que él es tan sumiso?

Las declaraciones de fotonovela de esta última sobre el amor a primera vista y sobre la vida que, por supuesto, es bella no prometen demasiado. Sin embargo, Brigitte Seebacher fue la mujer de Brandt, el hombre que combatió el nazismo y se arrodilló en el gueto de Varsovia... ¿Qué escribió Baudelaire en *Las flores del mal* hablando de Andrómaca, la viuda de Héctor, el héroe troyano, de su vida de prisionera y desterrada tras la caída de Troya, y de su nueva unión con el modesto Heleno? «¡Viuda de Héctor, ay, y ahora mujer de Heleno!»

19 de julio de 1999

EN LA GALERÍA DE CASTELLI

Nueva York, octubre de 1989, galería de Leo Castelli en el 420 de West Broadway, uno de los corazones y templos del arte del mundo entero. La galería que descubrió y en su momento creó el Pop Art y, en general, algunas de las grandes escuelas y corrientes del arte contemporáneo. Es un día un poco especial: la galería —igual que muchas otras de la ciudad— se viste de luto en señal de protesta contra la sentencia de un magistrado que ha condenado a un artista —o tal vez una exposición o una performance por obscenidad. Los cuadros de las paredes —esos cuadros que los visitantes refinados vienen a ver desde las partes más diversas de la tierra y a los que se acercan como a objetos de culto— están tapados por telas negras; muchos cuadrados y rectángulos colgados de las paredes, cubiertos por el mismo tejido negro, todos iguales excepto por las dimensiones. La galería está vacía; los asiduos no suelen acudir allí sin preparación, sino que por lo general están bien informados sobre lo que sucede en ese templo del Posmodernismo y de todo posible Pos de cualquier clase; saben, por tanto, que ese día no se exhiben cuadros.

Sentados en un sofá, Marisa y yo charlamos con Castelli. Es amable, paternal y afectuoso, con un asomo de melancolía en su elegancia de gran señor de la vieja Europa que, quizá por su profundo enraizamiento en una memoria cultural de muchos siglos —él, un judío triestino de ascendencia multinacional convertido en un rey en Nueva York—, ha sabido olfatear, rebuscar, animar, dirigir, imponer lo Nuevo, eso Nuevo a veces desconcertante y antítesis de la antigua civilización que él encarna hasta en sus gestos sosegados y en los rasgos del rostro. También Ileana Sonnabend, su exmujer y todavía gran amiga, que lo inició en el arte y en el mercado del arte, y a la que fuimos a saludar, es una fascinante simbiosis personal de vieja Mitteleuropa y gran mundo en el que irrumpe el futuro. Hablamos de Trieste, de amigos comunes, de libros, de hijos, de los cafés favoritos en varias ciudades.

De pronto entra una mujer joven, una visitante. Desconocedora de la protesta, cree encontrarse delante de una exposición, quizá ante la propuesta de una nueva escuela pictórica. Se para delante de cada cuadro, es decir, delante de cada tela negra, se acerca y aleja para observarlo mejor, se sienta y toma apuntes diligentemente; esta nueva pintura parece gustarle y convencerla. Castelli me mira un instante con un punto de incomodidad, después volvemos a hablar de cosas antiguas, mientras la visitante continúa con su descubrimiento de una nueva tendencia artística.

12 de septiembre de 1999

¿ESTAR O ANDAR CON?

Desde la terraza se ve toda la ciudad, sus luces en el negro vinoso de la noche, suaves líneas curvas de cúpulas y colinas cobijadas en la oscuridad. La charla en las mesas, preparadas como se debe para una cena respetable, se pierde entre el ruido de vasos y cubiertos, fluye en un rumor impreciso; se intercambian voces y palabras, de todos y de ninguno, historias sucedidas a quien está sentado al lado pero que muy bien podrían haberle sucedido a quien está enfrente, murmullo que se desvanece como un agradable e indiferente susurro. Las cenas de cierta categoría son una representación sagrada, un misterio medieval que saca a escena la anónima insignificancia de todos. Todos podrían estar en el lugar de otro o ser otro; detrás de la máscara del papel social, el rostro marcado por los años es más o menos el mismo; delante de un cóctel hombres y mujeres son todos iguales, como ante el amor y la muerte, reclutas del destino puestos a raya con sus uniformes.

«Ah, sí», le dice mi vecina a alguien, «debió de suceder cuando estaba con Federigo.» Así es que la mujer de cabello negro peinado hacia arriba y mirada dulce, frecuente en los miopes, es una de esas personas, hombres o mujeres, que «están con», verbo triste y fatal. Entre las cosas que distinguen la vida sentimental de los seres humanos está la modesta pero no irrelevante diferencia entre quienes tienen la vocación de «andar con» y quienes tienen más bien la de «estar con». La primera tiene una dignidad moral que supera con mucho a la segunda. «Andar con» es un eros sincero y honrado, que no promete falsamente duración, ni a sí mismo ni a los demás, ni finge compartir lo bueno y lo malo de la existencia —como si se tratase de un matrimonio o de una unión completa, profunda y duradera— y también, precisamente por este franco desencanto, puede dar ternura, afecto y amistad destinados a durar más allá del breve encuentro.

«Estar con», en cambio, es a menudo la autoengañoso parodia del matrimonio, significa compartir la existencia durante seis meses o un año, pero con todas las obligaciones y reglas del matrimonio: fidelidad recíproca por el momento, pareja fija a cuyos componentes hay que invitar juntos, convivencia, familia incluidos los suegros, melancólica aunque sincera simulación de ser una sola carne, incapacidad de vivir solos. «Estar con» es muy diferente del hacerse una existencia o crear una nueva unión sentimental después del fracaso o, incluso, del final de una relación precedente, interrumpida por la incompreensión, la muerte, la incompatibilidad o el agotamiento afectivo. «Estar con» es la programación, consciente e inconsciente, de tantos minimatrimonios sucesivos previstos a priori.

Mi vecina tiene un bonito rostro tierno y atrevido; su boca no es esa mueca ácida dibujada por la excesiva arrogancia ni la repulsiva dureza que esculpe con frecuencia, en ciertas clases sociales, la costumbre y sobre todo el deseo de subrayar la pertenencia a los señores. Con esa

cara, que se intuye capaz de pasiones y de ternura, esa mujer merecería un verdadero compañero o el amante de una noche, más que un novio, como se suele decir cuando «se está con», recurriendo a una palabra que ya en el prelude de los matrimonios de otra época sonaba bastante banal.

3 de diciembre de 1999

PAREJA (¿ABIERTA?) EN EL CONGRESO

Válida para dos. Con frecuencia, la invitación a un congreso extiende la estancia en un buen hotel que se ofrece al orador más o menos ilustre a la persona que lo acompaña. Antes, esta invitación suponía el vínculo conyugal entre quien había sido llamado para desmenuzar el pan de la ciencia y la persona que este deseaba llevar consigo. Quienes disfrutaban de la invitación eran los cónyuges legítimos, a menudo las esposas y más raramente los maridos, teniendo en cuenta la mayoría masculina, hasta hace algunos años, de la clase intelectual.

Ahora ya no existe este predominio masculino o existe mucho menos. En ciertos sectores de la actividad cultural, la relación ha cambiado de tal modo que muchas veces los que hacen de parásitos o apéndices son los hombres, que pronto se verán obligados a ganarse la habitación del hotel de lujo y las sofisticadas, aunque por lo general insulsas, cenas oficiales con alguna actividad colateral o con alguna iniciativa adecuada para animar los intervalos entre los informes y las conferencias, una tarea que antes, en tales ocasiones, la desempeñaban —sobre todo en los congresos de medicina— las mujeres de los médicos, la tribu más voluntariosa y emprendedora del pueblo acompañante. Los cambiantes destinos humanos han emancipado a la humanidad del absurdo vínculo entre una hospitalidad de dos noches y seis comidas y el sacramento o contrato matrimonial; como es justo, en ninguna secretaría de congreso alguno preguntan ya si la mujer o el hombre que el conferenciante lleva consigo han pasado primero con él o ella ante un sacerdote con estola o un funcionario municipal con la banda tricolor.

En efecto, no se ve la relación entre un matrimonio y una comilona o una velada de gala. Es completamente lícito llevarse consigo a una pareja, categoría por lo demás cada vez más numerosa y destinada a sobrepasar numéricamente a la de los casados. Un posterior avance —cuyo fin es la necesidad de ir hacia delante y no atrás, como dice la propia palabra— ha abolido la tácita y convencional obligación de la diversidad de sexo entre los participantes oficiales y acompañantes; un ponente puede llevar con él indistintamente a una mujer o a un hombre y una ponente puede llegar con un hombre o con una mujer. El progreso es real e innegable, porque la caída de la discriminación ante la homosexualidad ha liberado o está liberando a la humanidad de crueles sufrimientos y exclusiones.

Sin embargo, para quienes no gustan de los tabúes quizá queda todavía un paso más. Cónyuges o compañeros de parejas hetero u homosexuales, los acompañantes parecen en todo caso tener un deber residual para ser dignos de tal hospitalidad, o sea, de compartir la cama del orador o la oradora. Nadie, por supuesto, lo pregunta explícitamente, pero la tácita presunción es que entre el o la conferenciante y quien los acompaña existe una relación sexual. Antes, una persona decente, respetuosa con las convenciones sociales, llevaba consigo oficialmente solo al cónyuge legítimo y

hoy llega con cualquiera siempre que sea un compañero de cama y —tácitamente o no, pero en todo caso sin sombra de duda— considerado como tal. Una amiga que tiene un puesto relevante en un gran banco me cuenta que, cuando este organiza una convención y los dirigentes reciben invitación también para el cónyuge, en caso de que ella, soltera, pida llevar a alguien, le preguntan cariacontecidos si se trata de su pareja y en tal caso no hay objeciones.

Pero ¿por qué —ya que una cena o un concierto no tienen que ver con el matrimonio, pero tampoco con el sexo— esta restricción y estos formalismos biempensantes, no menos discriminatorios y lesivos para la privacidad que lo era la acogida rigurosamente limitada a los legítimos esposos? ¿Por qué uno o una no podría llevar a un primo con el que charla a gusto, a un/a compañero/a de colegio o de taberna, a un antiguo amigo del servicio militar, a un vecino que le resulta simpático, al quiosquero de la esquina, a la cajera del bar con la que bromea divertido pero que no tiene ningunas ganas de ir a la cama, a un párroco que cuenta animadas y curiosas historias de misiones en África o a cualquier otro que desee tener a su lado en ese momento? Los únicos acompañantes sexualmente neutros y admitidos parecen ser los hijos y quizá también los nietos; la familia resiste todavía, pero es una libertad demasiado limitada.

La oficialidad del sexo o al menos la necesidad de oficialidad por parte de este último es un formalismo biempensante y regresivo. Los estados de la Unión Europea estarán obligados, debido a una reciente directiva, a reconocer formalmente la convivencia de personas que, siendo libres de casarse o no, deciden no hacerlo. El asunto es diferente para quien no puede contraer matrimonio a causa de vínculos precedentes, que afectivamente ya no existen, pero que por alguna razón no consigue disolver, y por tanto se le debe ayudar en su voluntad de reconstruir una unión correspondiente al matrimonio para él imposible. Aparte de estos casos, nos podríamos preguntar si en los demás no hay una contradicción: si dos personas legítimamente deciden no casarse, o sea, no involucrar al Estado en el afecto y en el deseo erótico que los une, es curioso que al mismo tiempo pretendan que el Estado se interese en esa relación; sería como no querer abonarse al teatro, cosa más que legítima, pero pretender de este último los puestos reservados en platea.

Pero ¿por qué no debería reconocerse la convivencia de dos —o, por qué no, de tres o de cinco— personas que, aparte de cualquier lazo sentimental, emprenden la vida en común? ¿O por qué para estar protegidas —por ejemplo en lo que concierne a la propiedad de una casa o al reconocimiento del trabajo desempeñado para contribuir a la organización cotidiana— tendrían que declarar que se entregan a orgías, quizá esperando —en caso de que no fueran de su gusto— no tener que demostrarlo ante una comisión de control para estos asuntos? ¿Por qué la protección económica de una persona, que se reclama con justicia en toda convivencia, solo se justifica con la existencia de relaciones sexuales? Si no hay hijos, en cuyo caso las cosas cambian completamente, y si se rechaza en principio el matrimonio, no se ve por qué las relaciones sexuales deban interesar a la colectividad más que las de amistad.

Cuando el sexo tiene demasiada necesidad de ser oficializado, socialmente consagrado y reconocido, se cae en el conformismo típico de las sociedades radicaloides, que quieren transgresiones y consenso social al mismo tiempo y son un ejemplo de perfecto filisteísmo intolerante en sus tabúes formales: es lícito dejar a la familia, pero no está permitido abandonar una cena tras un par de horas e irse a dormir pronto si se está cansado. Esas invitaciones para parejas pueden servir también de útiles señales. De eso sabe aprovecharse, por ejemplo, un amigo mío que, cuando lo invitan por segunda vez a una cena un poco pretenciosa con la misma pareja, comprende que es el momento de largarse e interrumpe —o no inicia— dicha relación.

22 de marzo de 2000

OLVIDAR LOS COLORES

¿Olvidar los colores? En la vía Bramante, en Trieste, casi enfrente de la casa donde vivía Joyce, una pintada en letras mayúsculas y resueltas pinceladas invita perentoriamente: «¡OLVIDA LOS COLORES!» Es curioso leerla cuando se vuelve del mar y de las islas del golfo de Carnaro, donde el pleno verano enciende y difumina todos los tonos de la gloria y la nostalgia, la miel y el oro de la luz, el añil y el turquesa del agua, el carnosos rosa y rojo de las adelfas, el negro de la noche tan negro que parece azul. ¿Por qué olvidar en lugar de retener estos colores sin edad, que durante un instante hacen que uno se sienta inmortal? Tal vez el desconocido autor de la pintada respondería que es bueno olvidarlos precisamente por eso, porque ese resplandor de inmortalidad y de eros hace sentir más agriamente, como un mordisco, que somos mortales, que lo es también el eros, y que el blanco y negro es por tanto más soportable, más adecuado a la grisura de vivir. O bien la exhortación al olvido dice que esos colores son mentira, chabacana tarjeta postal coloreada, folleto de falsos paraísos de agencia de viajes, promesas postizas de vida verdadera, novela rosa disfrazada de poesía amorosa. Puede suceder también que la pintada se haya realizado al despertar de un viaje alucinógeno, emergiendo de visiones de colores de insoportable intensidad.

Pero quizá el grafiti sea obra de un científico, que advierte que los colores no existen, sino que solo son longitudes de onda de la luz que el cerebro, como un embaucador intérprete simultáneo, traduce impropriamente en percepciones cromáticas. Así pues, nada de azul, amaranto o verde, sino números, abstractos signos matemáticos que miden las longitudes de onda; olvidar entonces los colores como se olvidan los cuentos de hadas de la infancia desmentidos por la realidad. El anónimo autor, con todo, tiene ilustres colegas y predecesores, poetas, científicos y filósofos que han discutido sobre colores, de Goethe a Steiner y a Wittgenstein. Goethe la emprendería con él, como la emprendía con Newton y sus fórmulas, defendiendo obstinadamente la verdad de los sentidos y de su experiencia. El rojo y el azul son diferentes longitudes de onda de la luz que llega a nuestros ojos y a nuestro cerebro, longitudes cuantificables numéricamente, pero nuestra percepción del rojo y del azul —y nuestra fascinación por sus variaciones en la caída de la tarde— no es menos real que esas cifras; es un acontecimiento concreto de nuestra vida y del mundo. También un cuerpo amado es una suma de innumerables átomos invisibles, pero ver y tocar ese cuerpo es un experiencia no menos objetiva que el cómputo de sus átomos.

Así pues, no hay que olvidar los colores, sino recordar cada uno de sus matices, cada destello. La lengua, por desgracia, no está a la altura de la variedad de sus gradaciones. El *Atlas de los colores* de Küppers enumera —y reproduce⁹⁹⁹ tonos distinguibles, pero se ve obligado a denominarlos con combinaciones de números, porque ningún diccionario puede ayudarlo. Pero la

poesía existe también y sobre todo para nombrar las cosas, es decir, para crear sus nombres; quizá haya en el mundo unos centenares de escritores capaces de encontrar cada uno un nombre para cada uno de esos matices. Uno de ellos podría ser el autor de la pintada triestina, que debe amar los colores si ha lanzado ese duro rechazo; también los reproches, ya se sabe, forman parte del lenguaje de los amantes.

5 de septiembre de 2000

SAGRADO Y PROFANO

Un bar de Estocolmo a última hora de la tarde. Todavía hay claridad en el exterior, la luz se mantiene un tiempo, tersa y turbadora, una indefinible nostalgia que no quiere desvanecerse. En el bar hay unos estudiantes italianos, la mayoría romanos; alumnos del último curso de bachillerato, me parece entender, de excursión escolar o viaje premio. Por supuesto, andan en busca de chicas suecas. Uno grande y corpulento, más desenvuelto y extrovertido que los demás, tiene a una sentada en las rodillas. Las afectuosas caricias recíprocas se van volviendo más audaces, en absoluto incomodadas por los otros jóvenes que se sientan alrededor y que de vez en cuando intervienen en el diálogo, verbal y gestual, de los dos fogosos. De pronto la chica, arrimándose a su amigo, descubre en el pecho de este, debajo de la camisa, una medallita, la coge con la mano, la mira y dice señalando con el dedo: «¡María!» La mano del joven emerge fulminante de debajo del vestido de la muchacha y golpea rápida, con un manotazo ligero pero firme, los dedos femeninos que sostienen la imagen, mientras él exclama severamente: «Pero ¿qué son estas confianzas? ¡La Virgen!» Y así la educación católica, muy permeada por el culto mariano claramente rechazado por los protestantes nórdicos, restablece las distancias entre lo sagrado y lo profano.

12 de noviembre de 2000

MONTAR EL NÚMERO

La fotografía, que alguien ha enviado al periódico, es parcial y no le hace justicia al retrato de la realidad que ofrece la imagen completa. Sin embargo, igual que una pequeña muestra de tejido puede revelar en un examen histológico la condición general de la salud de una persona, así el fragmento de un folio o de una pizarra —como la pizarra de esta foto de un aula de la Universidad de Trieste en la que se está desarrollando una reunión de departamento— quizá también puede ofrecer el estado de una situación. Ese fragmento de papel lleno de números, letras, signos matemáticos, flechas, iniciales, círculos, paréntesis y tachones es el detalle de un retrato, como podría serlo los labios de la Gioconda. En este caso, es un detalle del retrato de la universidad italiana hoy. No se trata de cálculos excéntricamente realizados a mano por un científico que trabaja sobre la ecuación de Schrödinger o proyectando un nuevo tipo de reactor. Son las cifras y las operaciones a las que, desde hace meses, se dedican con furia compulsiva los docentes de todas las facultades de la universidad italiana y que absorben en gran parte la actividad de los órganos académicos, departamentos, cursos de estudios y consejos de facultad.

Se trata del frenético galimatías numérico destinado a calcular, en cumplimiento de la reforma universitaria, cuántos de los llamados créditos formativos se asignarán a una disciplina y se le quitarán a otra, cómo repartir los créditos del bienio de especialización y cuántos reconocer a la prueba final de una u otra materia, todo ello para añadir un puñado de calderilla a los fondos que se asignarán a una u otra institución o disciplina. Se tiran de los pelos para establecer —cito un documento al azar entre innumerables análogos— «la fracción de la carga horaria completa reservada al estudio o a otras actividades formativas de tipo individual en función de los objetivos específicos de la formación avanzada y del desarrollo de actividades formativas de elevado contenido experimental y práctico».

Las reuniones académicas se transforman en delirantes loterías. Ménades endemoniadas de créditos formativos y pregoneros de feria se abalanzan a la pizarra o rellenan con furia folios y folletos en los que suman, restan, multiplican, dividen, fraccionan créditos que hay que quitar o añadir, exultantes si consiguen, gracias a astutas alianzas sobre el terreno, arañar el patrimonio crediticio de un odiado colega. Un crédito cambiado de sitio supone una exaltada victoria, desmantela una columna de cifras que se desploma como una muralla, dejando un paso desprotegido al invasor. Batallas y cómputos se prolongan en casa por teléfono; horas y horas de líneas congestionadas para forjar alianzas, desplazar capitales didácticos, ajustar currículos, multiplicar las titulaciones especiales que crecen como hongos.

En la sala de reuniones, los números resuenan como cuando se juega a los chinos en un bar. Como en el bar, las actitudes son diversas. Hay quien se apasiona y se desgañita. Hay quien se

excita casi sexualmente. Hay quien se alegra de todo ese alboroto, porque así no queda tiempo para las cosas que realmente deberían hacer —leer, estudiar, preparar clases y experimentos— y se anula, por tanto, cualquier diferencia entre un auténtico estudioso y un incompetente. Los bueyes estarían encantados de cotorrear en interminables congresos de sexología, porque mientras se cotorrea no hay diferencia entre buey y toro. Hay quien escucha intimidado, quien no escucha, quien no entiende nada y se siente feliz de no entender nada; quien, aun detestando aquella verborrea, se esfuerza honradamente en comprenderla y en hacer el mejor uso posible de lo absurdo en interés de los estudios y de los estudiantes; hay quien aprovecha para no hacer nada. Y hay quien comienza a entender en toda su plenitud la expresión «montar el número».

1.º de abril de 2001

UN GENTÍO PARA NADIE

Esta instantánea se remonta a varios años atrás y ha llegado a mi conocimiento gracias a un colega de su protagonista, víctima o beneficiario del episodio, que me la ha contado. Ilustre matemático entregado a intrincados estudios superespecializados y accesibles solo a unos cuantos del oficio, había sido invitado a impartir un curso anual en una prestigiosa institución interdisciplinar, el Còllege de France, que alterna en sus aulas a las más grandes celebridades internacionales del saber científico y humanístico. Ya el título del curso anunciado desanimaba a los incompetentes, o sea, a casi todos los millones de habitantes de la tierra, a excepción de un puñado de genios dispersos quién sabe dónde, por lo que el científico, que se esperaba un par de asistentes como máximo, se quedó estupefacto en la primera clase cuando se encontró ante trescientas o cuatrocientas personas. Por supuesto no hizo concesión alguna al ínclito público, no porque despreciase estúpidamente a los profanos ignorantes, como tantos herméticos y sagrados pseudoaristócratas, a menudo más incultos que la masa que desprecian, sino tan solo porque su tema no permitía simplificaciones divulgativas.

Convencido de que se trataba de un error, esperaba que en la segunda clase el gentío se hubiese volatilizado. Sin embargo, en las siguientes clases la masa aumenta. En un determinado momento, intrigado, el matemático le pregunta a una señora, sentada en primera fila con el aspecto de la típica asidua de todas las conferencias, si el tema y su desarrollo no eran demasiado arduos, no suponían demasiados conocimientos elevados, imposibles para un oyente medio. La señora responde, plácida: «¡Ah, no sé! Nosotros estamos aquí porque en esta aula, en la hora siguiente a la suya, habla Roland Barthes, y si no, no se encuentra sitio.»

Así, el matemático, durante todo el curso, fue a dar clase a una nutrida concurrencia totalmente desinteresada de él. Parece que la cosa no le disgustó. Ciertamente, la perfección habría sido la absoluta seguridad de que en aquel hormigear de gente no había nadie, ni uno siquiera, que hubiera acudido por él. De ese modo su discurso habría alcanzado una insuperable dignidad metafísica y habría conquistado, gracias a aquella multitud de buscadores de sillas, una libertad vertiginosa, un absurdo glorioso, la posibilidad de decir delante de todos cualquier cosa, incluso la más insensata y estrafalaria. Sin embargo, la duda de tener un solo oyente verdadero encadena esta libertad, reduce la gigantesca y embriagadora pompa de jabón; obliga al docente a bajar de esta nube irreal, a poner los pies en el suelo, de nuevo fiel a las normas, a dar su clase magistral, su deber, a representar como todos su papel decoroso, meritorio y limitado en el teatro del mundo.

En el fondo, lo que sucedió en aquella aula no es diferente de lo que sucede, si bien de forma menos clamorosa, más o menos en casi todas las conferencias, en las que nadie escucha a nadie y por tanto todos hablan a nadie. Uno se sienta, pone cara seria y noblemente interesada igual que se

pone una corbata y se abandona al humo de los propios pensamientos, como el orador se abandona al humo de las propias palabras. Pero otras muchas veces, y no solo en las salas de conferencias, se habla sin escucharse y se pasa uno al lado de otro, extraños y lejanos, tragados inmediatamente por la masa, habiendo dejado morir una posibilidad de encuentro, de amistad, de amor.

No es que los literatos, como el de la hora siguiente en esa aula, sean comprendidos cuando seducen y atraen al público más que ese matemático. La única diferencia es que, mientras todos se dan cuenta de que no entienden nada de las fórmulas matemáticas —y por eso al menos saben que no saben—, todos o casi todos se hacen la ilusión de comprender las metáforas rebuscadas, confundiendo ese vago cosquilleo de las papilas intelectivas provocado por el fuego de artificio de las imágenes con una comprensión, y por tanto no saben siquiera que no saben y no entienden. Con todo, tanto en un caso como en el otro, se sale satisfecho de haber participado en algo importante, con la firme intención de repetir la experiencia la semana siguiente pero contentos de que la de ese día haya terminado ya. Qué alivio para todos, oradores y oyentes, cuando termina la conferencia.

14 de febrero de 2002

RETRATO DE GRUPO CON JURISTA DORMIDO

La venerable Academia, que reúne a tantas personalidades ilustres de las artes y las ciencias, celebra su solemne sesión anual. El presidente resume las actividades del año, recuerda a los colegas fallecidos y saluda a los nuevos elegidos; lee mensajes de felicitación, anuncia las próximas iniciativas, hace balance de la situación financiera. Son las primeras horas de la tarde, en el aire flota la pesada somnolencia de las llanuras danubianas y la comida ha sido copiosa. A mi lado, un eminente jurista se adormece con discreción; los brazos cruzados y la cabeza inclinada pensativamente podrían indicar absortas reflexiones y quizá los otros, más alejados, no se den cuenta de su sopor. De cerca, veo su cara aflojarse, como si cada parte separada se marchara por su cuenta y aquello no fuera ya un rostro, sino un conjunto casual de boca, nariz, mejillas, párpados. La orden «rompan filas» todavía está lejos; los ensayos generales, que con el paso de los años se hacen más frecuentes para cada uno, la anticipan, pero también la exorcizan con decoro.

Miro esa cara que duerme, indefensa. Poco a poco parece ir perdiendo su individualidad, sus rasgos irrepetibles, convirtiéndose en el rostro de cualquiera, de todos y de nadie, genérico e inexpresivo como el de algunas estatuas neoclásicas de los jardines. Conozco bien a mi vecino dormido, su historia, sus ideas, sus pasiones y sus manías; sé qué mujeres le gustan, qué piensa de Dios y del derecho de huelga. Ahora no encuentro nada de todo esto en su semblante; el sueño lo ha borrado como una crecida destiñe las pintadas de las paredes. Le ha quitado la identidad, la conciencia, las creencias y los buenos modales; lo ha devuelto a los sueños, al inconsciente. Pero no parece haberlo liberado de una máscara de deberes, convenciones, censuras, imperativos, superestructuras que, como se suele pensar, la conciencia o un superyó impondría y superpondría a la salvaje y libre verdad de lo profundo, a la inconfundible e irrepetible unicidad de los deseos. Restituyéndolo al inconsciente, el sueño parece haberle quitado lo que era más inconfundiblemente suyo; le ha dejado una máscara casi intercambiable con la de cualquier otro. La muerte y la nada son el reino de la igualdad, deshacen las diferencias; quizá nuestro interior profundo se asemeja a esa opacidad indistinta.

Poco después, cumplido el tiempo de la digestión, el aire más fresco y las discusiones despiertan a mi colega que, sin llamar la atención, emerge del abismo y regresa a los ritos y a las preocupaciones de la vida, pálida resurrección. Alrededor de sus ojos hundidos y adormilados aparece, durante unos minutos, la sombra que, en un cuento de Andréiev, atemorizaba a quien encontraba a Lázaro salido del sepulcro. Pero basta con frotarse los ojos, lifting artesanal y más que suficiente, y todo vuelve a su sitio, el rostro está preparado para representar la comedia cotidiana. Sueño y larga vida, ese era el saludo augural de los habitantes de Samoa.

26 de marzo de 2002

HABLAREMOS

También este año, como hace ya más de veinte, hemos regresado al pueblecito de aquellos bosques cuyo destino durante siglos ha sido marcar precarios y tozudos límites entre imperios, repúblicas o reinos que la historia ha arrastrado sin borrar los surcos que los han dividido. Pero esta vez para acogernos unos días en la hospedería de los linderos del bosque solo está Ida. Él, Toni —el marido, el hospedero, el dueño—, murió hace unos meses, a la respetable edad, por cierto, de los árboles de los alrededores de la casa. Ida saluda, nos enseña la habitación de siempre, habla de la muerte de Toni y de otros cambios sucedidos en los últimos doce meses.

Después de un rato me doy cuenta de que la conversación es más larga que todas las que habíamos mantenido con ella en los años anteriores. Más aún, es la primera vez que habla de verdad con nosotros. Las otras veces saludaba, preparaba la habitación y desaparecía para reaparecer a la hora de la comida, con los platos en la mano. Entretanto había cortado y recogido la leña, barrido el suelo, lavado y planchado la ropa, echado de comer a las gallinas y los conejos, tendido las sábanas a secar, puesto la mesa. A menudo también iba al pueblo de al lado a hacer la compra. Después de las comidas, recogía la mesa, decía una o dos palabras y desaparecía en la cocina a fregar los platos. Nunca contaba una anécdota ni expresaba opiniones.

Era él, Toni —cuyo único trabajo consistía en servir de vez en cuando un vaso de vino en el bar a algún ocasional y raro cliente de paso—, el que hablaba, el que decía lo que pensaba, el que narraba con encendida e inteligente concreción. Contaba su servicio militar en tiempos del fascismo, en los Abruzos, su regreso a pie tras el 8 de septiembre, la guerra partisana en los bosques; comentaba la política local y mundial. En sus palabras había destinos y rostros de personas, ideas y convicciones, imágenes de las transformaciones de época a las que había asistido, pasivo pero consciente, durante más de tres cuartos de siglo. Yo sabía qué había hecho y dónde había estado, qué pensaba de la política, del universo y del Padre Eterno.

De Ida no sabía casi nada; a ella no se le pasaba por la cabeza contarnos su opinión sobre el universo, ni a nosotros preguntársela. En cambio ahora, de golpe, con la muerte de su marido, Ida se había convertido en un sujeto, un interlocutor, una autoridad, una persona a quien tener en cuenta. Se dirigía a nosotros con la familiaridad de siempre pero no con pocas, necesarias palabras, sino desenvuelta y locuaz. Había vivido contenta con su hombre, amable y afectuoso con ella, pero a su sombra. Ahora aquella sombra ya no estaba y también ella era visible a la luz del día. Estaba sinceramente triste por la muerte de su Toni, pero aquella muerte le había dado una independencia, una dignidad antes desconocida para ella misma. Su condición campesina no le había ofrecido las posibilidades de revancha de las que a menudo gozan las mujeres en el tradicional matrimonio burgués, hoy en día más o menos fracturado, esa tiranía ejercida sobre el

hombre en detalles cotidianos que no confiere a la mujer autonomía real, sino el envilecedor poder que a veces los siervos tienen sobre los amos, sin por eso dejar de ser siervos; el hombre en tal caso sigue siendo sultán, aunque poco a poco reducido a eunuco, resignado a consolarse atracándose de comida.

Ida no habría tenido ni siquiera la posibilidad de esta revancha que degrada tanto al que la lleva a la práctica como al que la soporta. No ha sido una sierva dueña, o sea, una arpía; ha sido solo una esclava y ha conservado por ello la oscura dignidad de los esclavos, de la sumisión padecida por necesidad y sin histeria, de los animales sometidos al yugo y de los soldados obligados a marchar, indistinguibles los unos de los otros y mucho menos banales que los oficiales que les gritan las órdenes. Ahora Ida tiene toda la dignidad de la responsabilidad. Es ella la que administra la hospedería y su vida; es ella la que, como todos los hombres libres, tiene cosas que decir. Hablaremos, dice, una de estas noches hablaremos.

26 de enero de 2004

LOS BANQUEROS Y EL DIABLO

Esta instantánea es una pantalla de televisión, gracias a la cual comprendo por fin cómo es posible que tantos bancos hayan sido tan poco previsores y se hayan encaminado alegremente a la ruina. El programa, en realidad, no se centra en la grandeza y miseria del sistema bancario, sino en tonterías como el satanismo, sus cultos y sus seguidores más o menos esotéricos, basura de la que no vale la pena hablar, porque pertenece a esas cosas que —dice un proverbio vienés— no merecen siquiera ser ignoradas, dado que ignorarlas ya es demasiado, se corre el riesgo de conferirles una importancia desproporcionada. El misterio —de las cosas últimas y de las de cada día, del universo físico y del mental, de los grandes interrogantes metafísicos y de las ambigüedades de la vida y de nuestro corazón— no tiene nada que ver con las bufonadas falsamente hieráticas de quien deja a oscuras una sala para que, al no verse nada, se crea que allí está escondido algún fantasma tenebroso. El verdadero misterio religioso, dice Chesterton, aparece bajo una luz limpia y neta, se presenta iluminado en su complejidad.

Los presuntos iniciados en las tinieblas son embaucadores o embaucados o ambas cosas. Los parapsicólogos y los ocultistas que alardean de realizar milagros con fuerzas paranormales se han guardado mucho, por el temor a ser desenmascarados, de aceptar el desafío de Silvan, el gran prestidigitador capaz y experto en trucos increíbles, que les había invitado a realizar su magia ante él. Por desgracia, Silvan no tenía la autoridad del papa Sixto V, del que se cuenta que, cuando tuvo noticia del culto supersticioso de un crucifijo que sudaba sangre, se dirigió con toda la pompa ante aquella imagen, no venerada ya correctamente sino profanada por la idolatría, y se arrodilló diciendo: «Como Cristo te adoro» y, levantándose, añadió «y como madera te destruyo», mientras le daba un buen golpe que, según parece, sacó a la luz una esponja empapada en sangre.

En la transmisión televisiva se habla con insistencia —naturalmente sin dar nombres, el esoterismo exige secretode importantísimos banqueros que participaban en ritos satánicos, misas negras, liturgias diabólicas y así sucesivamente, tal vez remedando cultos de otras civilizaciones que en su contexto tienen sentido pero, reciclados en otro lugar, quedan desnaturalizados como algunos ornamentos sagrados reducidos a meros adornos en las casas de los nuevos ricos. Hasta hace un par de noches, yo creía que los banqueros se ocupaban de las finanzas, la mayor parte de ellos de manera honrada y alguno, como sucede en las mejores familias, estafando. Claro que si, por el contrario, se dedican a esas diabólicas memeces, se comprende que incluso al primer estafador de pacotilla se la jugaran ante sus narices. Si el primer responsable de los fraudes sufridos por muchos de nosotros es ese Satanás de cómic, me temo que no hay esperanza para nosotros, los ahorradores, porque no me parece que sea solvente.

1.º de marzo de 2004

EMBRIONES HUÉRFANOS

De treinta mil embriones congelados en Italia —dice Margherita De Bac—, cuatrocientos «huérfanos (cuyos padres no se encuentran o son desconocidos) serán trasladados a un banco hospitalario, el IRCCS del Hospital Mayor de Milán, y entonces se decidirá si se utilizan y cómo, o si se destruyen». Quizá quien ha decidido separar el destino de los huérfanos del de los demás sea una persona que se entrega a lecturas banales y rimbombantes; puede haber leído, por ejemplo, *Freakonomics* de Steven D. Levitt y Stephen J. Dubner, un pretencioso panfleto que expresa las ideas más convencionales e inhumanas sobre estos problemas. Levitt es un joven economista muy aplaudido de la escuela de Chicago, cuna del anarcoliberalismo ultra. Un autor de éxito que, como explica la solapa del libro, «seduce (o casi) incluso a George Bush». En este libro, igual que en otros precedentes, Levitt considera el aborto como una providencial medida anticrimen, ya que elimina hijos no deseados y por tanto —a su juicio— probables futuros criminales (como si cada malestar produjese necesariamente delincuencia, como si por eso fuera justo eliminar todos los malestares y como si los abortos se produjeran siempre y solo en situaciones existencialmente dramáticas). Si se razona de este modo, también los ciclones, terremotos y epidemias tendrían que ser consideradas beneficiosas medidas anticrimen, sobre todo cuando se abaten sobre países musulmanes, y se eliminan así quién sabe cuántos futuros terroristas islámicos. Solo Flaubert sabría comentar adecuadamente tales razonamientos.

A menudo la cruel injusticia y la inhumanidad tienen una repercusión feroz y amargamente cómica, sobre todo cuando se envuelven en una aparente racionalidad aséptica y funcional. Esta se revela en realidad furiosamente irracional; un escarnio, una parodia de la vida y de sus razones que tuerce el rostro del hombre en una mueca grotesca, en una de esas máscaras que provocan miedo y al mismo tiempo hacen reír. Si se piensa que la investigación científica legitima el sacrificio de algunos embriones, como de algunos soldados en la batalla, ¿por qué elegir precisamente a estos cuatrocientos entre treinta mil? En primer lugar, de este modo, para contrariedad de los abortistas, se considera implícitamente a los embriones como seres humanos, a algunos de los cuales, por no tener padres, se les cree destinados a una vida más infeliz y por tanto más merecedores de ser eliminados. Con este criterio, si un adivino indicase quiénes de los treinta mil congelados serán mañana más ricos y quiénes más pobres y por lo tanto más expuestos a las adversidades, se podría eliminar a los futuros pobres.

Esa noticia revela la perversión con la que a menudo se tergiversa el justísimo concepto de la calidad de vida: más que tratar de proporcionar una calidad de vida digna a quien no la tiene, se lo elimina. Bell, el inventor del teléfono —según otros precedido por Meucci—, proponía la esterilización de los sordomudos, evidentemente inútiles para la telefonía. Aparte de establecer

cuál es la calidad de vida aceptable y quién tiene que decidir en qué consiste esta, se abre la horrible visión dostoiievskiana de un mundo en el que «todo está permitido» y la irracionalidad más monstruosa se disfraza de racionalidad contable, como un cuerpo ensangrentado oculto en una camisa impoluta. Los huérfanos de la existencia expuestos a esta higiene social son muchos: multitud de afligidos, hambrientos, desdichados de la tierra que esperan su huracán.

8 de enero de 2006

UNA CABEZA DE MEDUSA AL REVÉS

En Estambul, en el extremo nordeste de la Cisterna Basílica, entre la frescura de su misteriosa agua subterránea y la simetría —inquietante como toda simetría— de sus doce hileras de columnas en la penumbra, dos de estas últimas se apoyan sobre grandes cabezas de Medusa, giradas hacia un lado o boca abajo, con su cabellera de serpientes enmarañadas y sus ojos que en el mito petrifican a quien los mira, porque muestran el insoportable y oscuro horror de existir. Cuando Justiniano mandó construir la basílica en el siglo VI, los mármoles de las esculturas paganas fueron usados como tosco material de construcción, tal vez incluso con la satisfacción de humillar a las antiguas divinidades.

Pero quizá también sea justo que la columna cristiana, en su impulso ascensional, se apoye sobre la infernal Gorgona, sobre la reina del caos inconsciente y tenebroso; contenida por la columna que la domina y se eleva, la oscuridad de las profundidades no puede inundar y sumergir todo como un río desbordado. Permanece constreñida en sus márgenes, pero continúa dirigiendo el espíritu orientado a lo alto y, refrenada y sujeta en su posición, lo nutre con sus energías vitales, le infunde la carga pulsional sin la cual este habría quedado abstracto y exangüe, el desierto de una autodestructiva y falsa pureza, la tierra árida y no regada ya por el agua de la vida de la que habla el Apocalipsis. No es casualidad que uno de los más grandes himnos cristianos, *Veni creator spiritus*, pida que los sentidos sean iluminados, no reprimidos.

Esa estructura vertical es también la estratificación de las civilizaciones que se han sucedido en el tiempo, sin que tales sucesiones impliquen necesariamente un progreso o un orden jerárquico, sino quizá tan solo un sucederse de mundos y modos de ver el mundo, que se superponen como estratos de tierra o de hojas caídas, sin desaparecer definitivamente ni ser superadas. Las cúpulas islámicas cubren un universo que no es solo turco o musulmán, sino también griego, latino, bizantino, genovés, veneciano, tradicional, moderno; un crisol y una mezcla de culturas, lenguas, religiones. Allí abajo, con la cabeza torcida o del revés, la Medusa, más que petrificar, guiña el ojo.

21 de diciembre de 2006

LA MALDICIÓN DEL NÚMERO VERDE1

Instantánea en este caso más sonora que visual, pese al cromatismo del título. Si el ánimo pudiera abrirse a consideraciones metafísicas y trascender la propia situación, los teléfonos verdes no lo encolerizarían, como sucede inevitablemente, sino que le conferirían serenidad filosófica. Pero nuestro corazón es mezquino y las mil molestias cotidianas —lavaplatos que pierden agua, fontaneros que no llegan, llaves que no se encuentran, vecinos ruidosos, abolladuras en el coche, móviles extraviados, por no hablar de las tarjetas de crédito clonadas— afectan al humor más que la oración de la mañana, un acontecimiento luctuoso o reconfortante en una zona de guerra, un magnífico poema descubierto por casualidad, una hora de amor, que no basta para borrar el refunfuño que, después de esa hora, pronto reaparece.

Para el verdadero filósofo, los números verdes deberían ser un consuelo, puesto que son una de las pocas demostraciones de que el hombre es insustituible. En efecto, ese verde telefónico, que sustituye al interlocutor humano y debería, como un semáforo, dar vía libre y permitir alcanzar el objetivo de la angustiada llamada, es una barrera; en vez de permitir el paso al desventurado que busca información sobre cómo resolver su problema, lo introduce a la fuerza en un laberinto de calles que giran sobre sí mismas y lo reenvían de un callejón, o de un número, a otro, encadenándolo al teléfono como un naufrago aferrado a un flotador más pesado que el agua, que lo hunde. Recurrir al número verde representa a menudo el golpe de gracia de la rabia, que se añade al problema doméstico que había empujado a recurrir al teléfono y contribuye en gran medida a la negra jornada que el destino nos ha asignado.

Cuando se marca un número, un arcaico prejuicio impreso en nuestros genes nos induce a suponer que hablaremos con alguien, con un ejemplar de nuestra especie para expresarle nuestra petición. No se pretende oír la voz de las señoritas del 04, inmortalizadas en una almibarada película antediluviana, pero sí al menos una voz humana. Sin embargo, cada vez con más frecuencia se encuentra una voz digital, verbo aséptico y neutro que no se hace carne y no responde a nuestra pregunta, sino que nos impone una ardua elección entre diferentes números que hay que marcar para que llegue a alguien nuestro grito de ayuda. Varios números, uno de los cuales debería corresponder a nuestra necesidad pero muchas veces es difícil de distinguir, porque la vida y sus contratiempos son diversos y no siempre fáciles de encajar en esas cuatro o cinco categorías clasificadas de números, que el referente inhumano del otro extremo del aparato nos conmina a marcar. Además, no siempre se tiene la rapidez de reflejos indispensable para considerar el abanico de números ofrecidos, mientras la voz del verde ser metálico los recita a tal velocidad que cuando está exponiendo las competencias del número 3 ya hemos olvidado las del 1.

Así es que se vuelve a llamar y entretanto el tiempo pasa, el problema que urge cada vez es más fastidioso; pasa media hora, una hora, la muerte está un poco más cerca y esa ansiedad en la que se consume una parte, por insignificante que sea, de nuestra vida es su elocuente vanguardia. Las cosas se vuelven más dramáticas cuando además es difícil decidir en cuál de las categorías predefinidas —y enumeradas de modo mecánico por el teléfono— entra el problema que nos afecta y se intenta afanosamente dar con un humano, un mortal como nosotros, para explicarle el caso. Llegar a un humano es difícilísimo; cuando los teléfonos, casi siempre ocupados, quedan libres, reenvían la llamada automáticamente a otra voz metálica que recita otros números.

Y cuando por fin se encuentra a una persona y se le explica lo que nos preocupa, esta, como le sucede a los mortales humanos, no suele ser capaz de responder, porque la variedad y la irregularidad de la vida son más complejas no solo que una máquina, sino también que un hombre, hecho a su imagen y semejanza. Por lo demás, el raro interlocutor humano desaparece enseguida en la ruleta de los números. Todo esto no es nada comparado con lo que sucede cuando, por ejemplo, se pierde una maleta en el aeropuerto Kennedy de Nueva York: se llama al número correspondiente y una voz grabada sugiere muy de prisa dirigirse a tal número si se llega de Europa, a tal otro si se llega de una ciudad de Estados Unidos y otros más según la compañía aérea con la que se ha volado, números que no se consiguen siquiera memorizar o escribir, mientras el teléfono —no verde, sino de pago— interrumpe la comunicación. Los humanistas pueden alegrarse, aunque la maleta pesa más que el credo filosófico, porque descubren que la máquina todavía no ha sustituido al hombre, en este caso un o una telefonista de carne y hueso.

No se trata de criticar el progreso y la técnica, que tanto facilitan nuestra vida, al menos la de los privilegiados que podemos disfrutarlos; el automóvil, la lavadora o el lavaplatos liberan la existencia de muchas esclavitudes, permiten cultivar el espíritu que, en caso contrario, se vería vencido y exhausto por la fatiga material de sobrevivir; facilitan contactos, afectos, conocimientos. Todo esto siempre que el elemental sentido común use las extraordinarias posibilidades de la técnica para simplificar la existencia y no para complicarla y acrecentar las dificultades, como coger un avión para ir de Trieste a Venecia, gastando diez veces más y empleando el triple del tiempo que en el mismo viaje efectuado en tren. En realidad, el progreso tecnológico lleva intrínseco el impulso de huir —con su potencia, su necesidad de multiplicarla incesantemente y su imposibilidad de detenerse— al control del individuo. Como la bandera verde del Profeta, el número verde anuncia una revolución existencial; una comunicación general que se impide a sí misma y tiende a la incomunicabilidad. Pero el problema se resolverá cuando en el otro extremo del teléfono, en la parte del que llama para pedir ayuda o consejo, haya una voz digital, inhumana e inmortal, como la que le responderá.

15 de agosto de 2007

SUBVENCIONES A LOS POLÍGAMOS E IMPUESTOS A LOS SOLTEROS

Fotocopia de un periódico. En la liberal Inglaterra, informa un diario, se concederán ayudas familiares a los ciudadanos musulmanes no solo por una esposa sino también por las otras que el Corán permite a sus fieles, los cuales podrán cultivar así este aspecto de su diversidad cultural, como es justo. Pero tal vez habrá que abrir la bolsa después. En Irán, donde la prostitución está vedada, existe, para compensar tan gravosa prohibición, el «matrimonio temporal». Se trata de un rito en el que un hombre y su compañera ocasional se casan ante un sacerdote islámico, contrayendo un matrimonio que se disuelve poco después de su consumación.

Pero ¿por qué privar a la mujer, esposa por poco tiempo (no sucede solo en el islam), de los derechos reconocidos a las otras esposas? Es una ofensa al principio de igualdad. Pero si es injusto, en nombre de este principio, discriminar a los musulmanes, es también injusto discriminar a los no musulmanes; el derecho a tener varios cónyuges (y por tanto a percibir más ayudas familiares) debería entonces reconocérsele a todos; por supuesto, en nuestra sociedad que ha superado el prejuicio machista, tanto a los maridos con numerosas esposas como a las esposas con numerosos maridos. Pero también los homosexuales han obtenido el derechos a casarse, ¿por qué discriminarlos condenándoles a contentarse, a diferencia del resto, con un solo cónyuge? Naturalmente, todo esto debería valer no solo para los matrimonios, sino también para las parejas o los núcleos poligámicos y poliándricos de hecho. Además siempre se espera que el islam se abra a la igualdad de sexos y que un día una mujer pueda tener varios maridos.

Por tanto, más ayudas familiares. ¿Cómo encontrar los recursos financieros para este gasto que se perfila en creciente proporción geométrica? Con los impuestos, evidentemente. Centroizquierda y centroderecha, tan sensibles a estos problemas, deberán por tanto anunciar, presumiblemente en la próxima campaña electoral, endurecimientos fiscales por tales motivos, seguros de encontrar la comprensión de los italianos. El peso de estos impuestos debería recaer, por justicia, sobre los solteros, que gozan de la fortuna de no tener ni familia ni familias, de no estar abrumados por multitud de cónyuges, excónyuges, (ex)suegros, tías y sobrinos de exconsortes y así sucesivamente. ¡Oh, dichosa soledad! ¡Oh, sola dicha!, decían los ascetas y los eremitas; es justo pagar por ese privilegio. Ya el fascismo, clarividente, cobró impuestos a los solteros. «¡Ay, Pippo mío», dice la esposa en un poema de Trilussa, después de su primera noche en Nápoles, «cuánto mejor sería / si pagaras la tasa de los solteros!»

8 de marzo de 2008

DEJAD QUE LOS NIÑOS SE ACERQUEN A MÍ

En el templo Vishwanath de Benarés, dedicado a Shiva, se celebra una gran ceremonia religiosa. Se llega, como manda el precepto, caminando con los pies desnudos que se hunden en los arroyos fangosos, por calles estrechas vigiladas por soldados que me paran, porque le está prohibido a quien no es hindú entrar en el templo, pero, tras una vaga declaración de disponibilidad a una posible conversión, me permiten pasar. El atrio está en silencio, algún mono salta entre las columnas, pero en el interior hay una multitud indescriptible, hay que repetir invocaciones al dios y tocar devotamente sus pies y su gran falo, lanzar flores al agua, desembolsar rupias. En este bullicio es difícil pensar en el *Rigveda*, en los *Upanishads* o en el *Bhagavadgita*, en los textos de la mística india —una de las más grandes de todos los tiempos— que Biagio Marin me leía en voz alta frente a su mar de Grado. Pero también la petición de extraer el corazón del cadáver de Juan Pablo II, expresada recientemente por un alto prelado polaco, está bastante alejada de la simplicidad evangélica.

Aquí Brahma, el Único, muestra su rostro de Shiva, dios multiforme del sexo y de la destrucción, que, como en las admirables grutas de la isla Elefanta, frente a Bombay, exhibe una inquietante serenidad. Los innumerables dioses y sus innumerables formas son los infinitos y cambiantes rostros de la vida, de su multiplicidad no anulada en el Único; si a nuestros ojos la ceremonia parece un carnaval desmitificador, tal vez se deba a que toda representación del irrepresentable Absoluto es siempre engañosamente profanadora, adaptada a nuestra existencia siempre profana. En Sarnath, la localidad a unos diez kilómetros en la que se dice que Buda pronunció el Sermón de Benarés sobre el dolor, la sensación es muy diferente. Allí sucedió algo fundamental en la historia del mundo, como en el Sermón de la Montaña de Jesús: algo que nos afecta a todos y para siempre.

Tras salir del templo de Shiva, la multitud de la calle no ha disminuido. Enjambres de mendigos; la incomodidad que todo mendigo —verdadero, falso, histrión, trágico, importuno pero, decía Pirandello, nunca banal— provoca al confuso extranjero de paso. Mendigan niños que apenas se tienen en pie, viejos, tullidos, mutilados que despiertan piedad y sospechas de horribles organizaciones de mutilaciones. Una joven bellísima con un niño en el pecho, las piernas y los delgados pies desnudos color fango, cruza un momento su mirada con la mía, como una de las paseantes en las complicidades de un instante sobre las que cantaba Brassens, y me doy cuenta, por la expresión de triunfo de sus ojos, de que ha sabido con total certeza que le daré la limosna que me pide.

Poco después, una niña con un casi lactante en brazos pide limosna. Tiene un rostro puro, con la sonrisa y la gracia de la infancia, y se gana de inmediato una ternura protectora y el deseo de

donar. A su espalda, sin que ella lo vea, se acerca tambaleante un anciano cojo con una mano tendida hacia mí. Cuando la niña se da cuenta, su semblante se endurece, los ojos se fruncen maliciosos, le grita algo y lo aleja con una patada que lo tira al suelo. El viejo se levanta y se aleja renqueando, cruza la calle encorvado. La niña con el pequeño en brazos se acerca a otro coche parado en el semáforo. Sin embargo Jesús decía: «Dejad que los niños se acerquen a mí, porque el reino de Dios es de los que se asemejan a ellos...»

6 de julio de 2008

MEAR CONTRA EL VIENTO Y CONTRA LEGEM

El consejero municipal triestino de Obras Públicas, Franco Bandelli, ha estigmatizado, con la aprobación de muchos conciudadanos, la costumbre —cada vez más extendida en mi ciudad— de hacer pis en la calle, la moda que induce a «los jóvenes maleducados de buena familia a ir a hacerlo en las paredes, en los portales y en los vehículos aparcados». Esto es consecuencia no tanto de la progresiva desaparición de los vespasianos, los viejos y gloriosos urinarios arrastrados por las reestructuraciones y las obras públicas, como por otros factores diversos: el creciente consumo de cerveza, una menor sensibilidad moral hacia la micción en público (no sentida ya como transgresión, al igual que otras costumbres en otra época reprobadas socialmente y ahora socialmente aceptadas) y el número insuficiente de fuerzas del orden (sobre todo policía municipal) destinadas a reprimir el delito o a imponer las multas que acaba de establecer el Ayuntamiento de Trieste para quien orina en la vía pública. A decir verdad, no me había dado cuenta de esta extensión del fenómeno y no me he encontrado tantas huellas de esta actividad por la calle, pero es evidente que se trata de una distracción mía o quizá del culpable egoísmo del escritor, insensible a las necesidades —en sentido literal y trasladado— de la comunidad.

De las tres causas principales de la deplorable costumbre, el declive del vespasiano es tal vez la más importante. El problema, con todo, no es solo triestino, aunque Trieste, ciudad importante y mitteleuropea pero de provincia, se encuentra en situación de afrontar con retraso una emergencia que afectó a Milán ya en 1981, emergencia descrita con hilarante humor y desenfadada fantasía lingüística por Alberto Cavallari en aquel magistral caleidoscopio que es su *Vicino e Lontano*. Desaparecido o cada vez más raro «el viejo templete verde» —por lo demás lamentablemente machista, porque ofrecía «alivio solo al hombre de pie»—, las autoridades milanesas de entonces, asediadas como un castillo medieval con el foso cada vez más lleno de aguas residuales y en afanosa búsqueda de remedios, pensaron en un determinado momento adquirir los nuevos retretes electrónicos instalados en París por Chirac, en aquella época alcalde de la *Ville Lumière*. Quizá —insinuaba Cavallari— envidiosos de la admirada modernidad o posmodernidad del Beaubourg. El deseo de innovación tecnológica estaba y está aún vivo en Trieste; de hecho, hace ya años el consejero municipal Paolo Rovis propuso la instalación de algunos aparatos «Urilift, el urinario cilíndrico que se esconde».

Tal vez no sea casualidad que Milán haya dejado de lado la idea parisina, quizá por temor a que el automatismo del vespasiano francés, que desencadenaba un remolino de agua y detergentes, en caso de avería pudiese saltar demasiado pronto y afectar al usuario. Si esas averías hubieran sido frecuentes, habrían provocado protestas y turbado la paz social. El segundo factor, la cerveza, tiene una gran incidencia, no solo por un proceso meramente fisiológico, común a todo

líquido, sino por una relación —en este caso privilegiada— entre la ingestión y la expulsión del líquido, atestiguado por aquel caballero inglés que se preguntaba indeciso si era más intenso el placer de beber la cerveza o de expulsarla poco después. Pero sobre el consumo de cerveza, menores aparte, nada puede hacer la autoridad en un país liberal, cada vez más impregnado de ideologías radicales contrarias a cualquier prohibicionismo.

Queda, sobre todo, la intervención de las fuerzas del orden, de la ley que, como es sabido, no puede impedir materialmente los delitos, pero puede frenarlos con sus sanciones. Pero entonces saltan todas las alarmas, porque la plantilla de la policía municipal es escasa, es difícil ya patrullar las calles, los sindicatos se oponen a ampliar sus atribuciones y a «prolongar el horario de trabajo de los guardias por rondas antipipí»; no hay fondos para gastos extraordinarios, los guardias urbanos no trabajan después de las dos de la madrugada y esa tarea, por tanto, correspondería a las patrullas y a los carabineros, que pueden tener buenas razones para tomar en consideración un destino que evite otros y peores problemas.

Trieste, por otra parte, tiene un problema más con respecto a Milán: el mar, lugar por excelencia para orinar, tácitamente aceptado pero no por eso menos impropio como profanación de ese paisaje y elemento del mundo que, más que cualquier otro, evoca el infinito, el eros, lo divino. Según una antigua tradición portuguesa, mear en el mar es pecado, aunque venial. ¿Pero cómo distinguir a los transgresores? En el Londres del siglo XVIII estaba prohibido orinar en el Támesis, pero vigilantes apostados en las orillas podían pillar sin dificultades a los culpables en el acto, del mismo modo que habrían podido hacerlo tutores de la ley despreocupados por las salpicaduras de todo tipo en la época de mi bachillerato, cuando en Trieste el mar invernal enfurecido por el bora cubría el muelle Audace y helaba, y era un rito viril subirse a lo alto del muelle, desafiando el hielo resbaladizo, con riesgo de terminar entre las olas, y orinar en el mar sin preocuparse de la dirección del viento.

¿Pero cómo se puede intervenir cuando se hace metido en el agua del mar? ¿Emplear submarinistas, buceadores, escafandristas? Es probable que las voluntariosas rondas propuestas por el partido de la Liga Norte para vigilar a los inmigrantes estarían dispuestas a suplir la falta de guardias urbanos en las «rondas antipipí», pero su origen, por lo general de llanura o montaña, las hace inadecuadas para operaciones submarinas. Sigue siendo actual la gran pregunta de Lenin: ¿qué hacer?

31 de agosto de 2008

EL MENÚ DE LA REVOLUCIÓN

El menú —un buen menú— es una imagen reconfortante de lo que nos espera. Tanto más si une a los placeres de la carne la nobleza del espíritu, preparado para todo, como dicen las Escrituras, también para las revoluciones y no solo en la mesa. «El *harco* (una sopa picante del Cáucaso) se prepara por lo general con pecho de ternera, pero puede sustituirse por pecho de carnero [...]. Tras hora y media de cocción, se añade la cebolla picada, el ajo machacado, el arroz, las ciruelas ácidas, la sal, la pimienta y se hierve todo durante treinta minutos más. Se rehoga ligeramente el tomate en la mantequilla...»

Esta y otras apetitosas recetas, desde el *plov* o *pilaf* a la uzbeka hasta los *blinis* a la ucraniana, no se encuentran en una recopilación cualquiera, sino en un texto «revolucionario», esto es, en el *Libro de comida sabrosa y saludable*, que se publicó por primera vez en Moscú en 1939 y que la Academia de las Ciencias Médicas de la Unión Soviética reeditó, con abundantes ilustraciones, varias veces a lo largo de los años. El libro, por explícita voluntad de Stalin, debía atestiguar la «Revolución en la cocina» y documentar «la máxima afirmación del constante progreso de las necesidades materiales y culturales de la sociedad» promovido por el Partido Comunista, coronando «la feliz realización de los planes quinquenales» con «el bienestar, la felicidad y la alegría de vivir» procurados a los trabajadores y a las mujeres en particular.

Traducido ahora al italiano por Ljiljana Avirović, el *Libro del cibo gustoso e salutare* es un libro de oro para nosotros, que podemos permitirnos poner en nuestros platos el resultado de esas succulentas recetas, en contraposición a la terrible historia soviética de aquellos años, y es también una trágica burla para millones de hambrientos y desnutridos ciudadanos soviéticos de la época. En ese recetario colaboran científicos e intelectuales de diversas disciplinas; el «ingeniero de almas» —es decir, el escritor e intelectual que según Stalin debe producir al nuevo hombre de la sociedad comunista— no descuida la mesa, en la que se regenera no solo el cuerpo, sino también el espíritu, el sentido cordial de la vida. «Un hombre renace viviendo la vida a fondo», afirma Stalin en el brindis de la suntuosa cena que, el 26 de octubre de 1932, ofrece a los literatos y escritores en la casa de Gorki, encargado de formarlos, educarlos, aleccionarlos y someterlos según las directrices del jefe supremo, Stalin, esa noche gourmet jovial y satisfecho al ver que la fábrica de intelectuales del régimen funciona como se debe. Las buenas comidas siempre han ayudado a los señores y a sus favoritos a dominar a quien tiene el estómago vacío.

Durante aquella excelente cena, en efecto, se programa un viaje de instrucción colectivo de ciento veinte escritores elegidos por Gorki para ir, en cuatro vagones del tren especial Flecha Roja, a visitar el Gulag, las penitenciarías de «reeducación mediante el trabajo físico» diseminadas a lo largo del canal Belomor, construido con el duro y espantoso trabajo forzado de

los prisioneros y con su hecatombe. *Belomor*, el libro colectivo escrito por treinta y seis autores bajo la dirección de Gorki, aparece en 1934. Esta apología de la esclavitud refiere un menú cotidiano del detenido, que a Ljiljana Avirović le parece bastante improbable: «Medio litro de caldo de col fresca, 300 gramos de polenta con carne, 75 gramos de filete de pescado empanado con salsa, 100 gramos de hojaldre relleno de col.» De todas formas, comida y menú están muy presentes en estos escritores de excursión. Sasha Avdéienko, joven y de buen apetito, escribe: «Hemos comido y bebido todo lo que hemos querido y podido: salchichas ahumadas, quesos, caviar, fruta, chocolate, vino, coñac, sin pagar nada.»

Ese librito de cocina es una mínima nota a pie de página en la historia de la Unión Soviética y de la trágica perversión y/o fracaso de sus proclamados valores. Pensar en la mesa, en la que comida y vino pueden suponer no solo nutrición sino comunión de familia y amistad, es un verdadero pensamiento revolucionario, que tiene en mente una vida liberada, vivida felizmente a pesar del tiempo que pasa. Tal vez Lenin pensaba en esto cuando decía que una buena madre de familia podía ser comisaria del pueblo, porque las virtudes femeninas, liberadas de la opresión, son ya arte de vivir y sabiduría política. Hay una nobleza profunda en el proyecto de liberar a la mujer, con una adecuada organización del trabajo, de las fatigas domésticas que la ahogan, permitiéndole ser madre que da comida y amor, pero libre de cultivar otros intereses como los hombres. La Revolución no quiere quitarle a la Marta evangélica el amor que la empuja a los fogones, pero tendría que darle la posibilidad de no quedar aplastada por ese trabajo y de escuchar, como María, la Palabra.

Negada de modo brutal por la realidad soviética, esta visión contiene en sí un ideal de redención real, aunque en ese caso meramente utópico. Es verdad que «se renace viviendo la vida a fondo» y mucho mejor si se acompaña de una buena copa; lo trágico es que quien dice estas palabras, aquella noche de octubre de 1932, ante una mesa de esclavos disfrazados de «ingenieros de almas», es el camarada Stalin, que está oprimiendo, matando de hambre y exterminando a millones de personas. Incluso en los tiempos difíciles los poderosos comen bien. El *Libro de comida sabrosa y saludable* recoge también el menú ofrecido por Stalin el 21 de septiembre de 1944 a Tito, «un gigante y un dandy», lo define Bettiza. Aquella cena que le ofreció Stalin incluía caviar rojo, esturión y morena marinados, pepinos ligeramente encurtidos, gulash a la georgiana en vino con ñoquis, brocheta de pollo a la rusa, setas en conserva, buñuelos, arándanos.

Pan y vino, que sobre una mesa fraternal confirman la humanidad, se convierten en obscena juerga en las comilonas de los poderosos que se reparten el pastel y se hacen ilusiones de repartirse el mundo, como cuando Churchill y Stalin en Moscú se dividieron un soberbio esturión y las desventuradas naciones balcánicas, setenta y cinco por ciento de Rumanía bajo influencia soviética y veinticinco bajo la inglesa, para Grecia lo contrario y así sucesivamente, mientras Churchill, cortándose un bocado exquisito, cede territorios que, confesará, no sabe bien dónde están, como Besarabia. Diez años más tarde, en la edición de 1954, la introducción colectiva del *Libro de comida sabrosa y saludable* dice que, por el bien del país, es «necesario introducir el jugo de tomate como bebida de masas».

4 de mayo de 2009

EN LA ESCOLLERA

Playa de Barcola, Trieste. Playa, por así decirlo; una delgada línea de escollos, playa libre que bordea la carretera principal de acceso a la ciudad, donde el mar enseguida cubre, tamariscos espumosos como olas en la orilla, un horizonte marino vasto y abierto, que en la infancia daba el sentido de la inmensidad oceánica, en una educación sentimental en la que se aprendía de una vez por todas la relación entre el eros y el mar. Esa gente en traje de baño, no en un establecimiento ni en una verdadera playa, sino a las puertas de la ciudad y casi ya en la ciudad, da la impresión de vida confiada y gozada.

Trieste no es solo un cruce de caminos entre Este y Oeste, como dice su leyenda, sino también entre Norte y Sur, entre la melancolía escandinava de ciertos atardeceres de invierno y la vitalidad meridional del verano. Al fondo del golfo, donde las aguas italianas se vuelven eslovenas y después croatas, se ven la catedral de Pirano, la multiseccular huella del león de San Marcos en Istria y, más adelante, Punta Salvore, con su faro y sus pinos al viento. Los que de mayo a octubre llegan a diario a la escollera de Barcola son habituales; por acuerdo tácito, cada uno de nosotros tiene su puesto en la orilla, que por lo general respetan los vecinos, con los que se mantienen relaciones cordiales pero sin tomarse ni dar confianzas. De vez en cuando, se cierne la amenaza, anunciada en los periódicos, de prohibiciones, planes reguladores, construcción de establecimientos de pago o de puertos deportivos turísticos, amenaza que hasta ahora se ha alejado siempre con combativas cartas enviadas a la prensa por gente de pluma, numerosos y asiduos entre esos bañistas, y por protestas que llegan de triestinos residentes en Nueva York o en Adelaida hace años, pero que no olvidan la escollera. Las autoridades, para ser sincero, demuestran comprender que esa libertad de *tocio*, o sea, de zambullida, es un bien público, una buena calidad de vida colectiva, y se preocupan de las duchas gratuitas y de los tamariscos.

Hace unos años, la escollera saltó a la palestra de las crónicas debido a un ahogado cuyo cuerpo, devuelto a la orilla y cubierto por una sábana, había permanecido largo rato en medio de los bañistas, que habían continuado tomando el sol tranquilamente a su lado, con la familiar indiferencia de la vida ante la muerte, que la intensa y ardiente luz del verano vuelve todavía más despiadada. La tela que lo cubría no parecía tanto una señal de respeto hacia él y hacia el inviolable, universal misterio que le había sucedido y en el que él había entrado, sino más bien una deferencia con los bañistas, para que no les turbara la intolerabilidad y la desvergüenza de la muerte. Solo un niño miraba curioso aquella silueta en la tierra, quizá sin entender bien qué había sucedido, como un perro que olfatea algo desconocido.

Poco alboroto, raras las perturbaciones de la tranquilidad pública. Una madre reprende a su hijo, un niño de cuatro o cinco años que juega con una encantadora coetánea —negra como el

ébano, evidentemente adoptada por los padres, dos alemanes que se han instalado un poco más lejos— disparando una pistola de agua y esquivando a la carrera los cuerpos tendidos al sol, para él todavía no deseables ni perturbadores. Tras la riña, el crío protesta, y dice que entonces también hay que regañar a la niña. «¿Qué niña?», pregunta la madre, que no la ve porque se ha escondido detrás de un árbol. «Esa que habla y no se entiende nada», contesta él, sorprendido de que la niña llame a las cosas de un modo incomprensible y algo enfadado al descubrir que las cosas pueden tener otros nombres.

No se le pasa por la cabeza identificarla por el color de la piel que, sin embargo, destaca incluso al lado del bronceado de los bañistas. Esa diferencia de color, que en otras situaciones habría podido y quizá podría aún provocar separación y segregación, es irrelevante respecto a la diferencia entre el italiano y el alemán. Por lo demás, ni siquiera esta diferencia tiene el poder de separarlos porque, apenas reaparecida la niña, a la que sus padres entretanto han reprendido (en alemán) como se debe, vuelven a perseguirse, rociarse, ajenos a la gran lección sobre la diversidad y sobre la identidad que acaban de dar, temas además muy del gusto de los encuentros culturales-balnearios tan frecuentes en las playas durante el verano, por lo menos en esas un poco más elegantes que la escollera de Barcola.

10 de agosto de 2009

UN NUEVO ESCRITOR: EL CENSOR

Me entero con retraso, gracias al ocio playero de agosto en una isla dálmata que amontona las pilas de periódicos y revistas atrasados, de que en Dinamarca han limpiado —imagino que para la escuela— un cuento de Andersen del final cristiano o de los elementos cristianos, para no ofender a los fieles de otras iglesias. En su timorata estupidez, esta es una etapa decisiva en la historia universal de la censura. En este caso se trata de una censura bienintencionada, movida por la preocupación de no molestar a las minorías culturales o religiosas. Pero la censura, en el fondo, es siempre bienintencionada: quiere proteger la moralidad, la patria, la familia, las instituciones, el orden, la sociedad, el progreso, al pueblo, a los niños, la salud. En este caso, se elige una fórmula nueva: en lugar de quemar un libro o de prohibir su lectura, como en su época el *Index librorum prohibitorum*, se adapta a las presuntas exigencias de los lectores, un poco como en los «resúmenes para niños» de las obras maestras que se hacían cuando yo era niño, o las ediciones escolares de los clásicos, en las que los pasajes escabrosos —por ejemplo, en la *Odisea*, cuando Ulises, náufrago en la isla de los feacios, sale desnudo del mar— se sustituían por puntos suspensivos.

En el siglo XIX un padre barnabita o escolapio, preocupado por que los puntos suspensivos pudieran desbocar peligrosamente la fantasía de los chicos, los sustituía, en las obras maestras que tenía que explicar a los alumnos, por versos escritos por él mismo, decorosos e inocuos; de este modo, los pechos al aire de Andrómeda se convertían en olas que se estrellaban contra las rocas y así sucesivamente. Si se siguiera este ejemplo, el asunto comportaría, en el caso de que fuera aceptada la petición de enseñantes de bachillerato en dialecto, un gran incremento de puestos de trabajo. Centenares, miles de textos que purgar, acortar, alargar, corregir, reescribir. En un país democrático, la censura es igual para todos; la tolerancia represiva —o la represión en nombre de la tolerancia— es la sal de la democracia. Según estos criterios paradójicos, Manzoni debería ser depurado de todo su catolicismo y de su fe en la Providencia, de Lucrecio habría que borrar toda huella de materialismo epicúreo y de Leopardi todo sentido leopardiano de la vida, para no irritar a nadie. En afortunadas épocas de anticomunismo como la nuestra, habría que podar a fondo a Brecht de cualquier matiz marxista o revolucionario, mientras que a Kipling, por su parte, debería aligerársele de sus ideas imperialistas británicas, aunque contrarrestadas por su fantástica sensibilidad, para no ofender a los indios.

Siguiendo esta lógica aberrante pero férrea, la censura debería ser despiadada sobre todo frente a textos religiosos, particularmente desagradables para quien no los comparte. El Corán está bien, siempre que se quiten todas las referencias a Alá y a su Profeta. El Evangelio, a su vez, contiene muchas cosas subversivas que desagradan a católicos, protestantes, ortodoxos,

musulmanes y ateos; Jesús, que la emprende a latigazos con los mercaderes, arranca sin miramientos a los apóstoles de sus familias e incluso pregunta a su madre qué hay entre ellos dos, molesta a muchos. Y no hablemos de cuando dice que para salvar la propia vida hay que perderla o prohíbe preocuparse por el mañana y elogia los lirios del campo que no siegan y no trabajan, pero valen más que la gloria de Salomón; para los ultracapitalistas de la escuela de Chicago es una blasfemia intolerable que hay que eliminar.

Pero no bastaría con censurar a Dante o a Manzoni por respeto a los no católicos. También entre estos últimos no solo hay santos como fray Cristoforo, hay muchos viles don Abbondio, numerosos prelados melifluos similares al Padre Provincial que se pliega por conveniencia política a la prepotencia del Conde y muchas doña Prassede, convencidas de interpretar a la perfección la voluntad de Dios, que identifican con la propia. Para los católicos ferozmente beatos y reaccionarios, deberían existir ediciones de *Los novios* adecuadas a sus gustos. Ediciones, por ejemplo, en las que el cardenal Federigo alabe a don Abbondio por su conformismo y cierre los ojos ante los deseos de don Rodrigo, un notable al que hay que tener en cuenta mucho más que a los dos pobres diablos de Renzo y Lucia. Para los tradicionalistas, toda la lírica griega debería ser expurgada de cualquier referencia homosexual; para otros, en cambio, habría que proscribir, en las novelas eróticas, todas las historias en las que los amantes sean heterosexuales, como implícita aunque tácita ofensa a quien no lo es.

En el fondo, los editores que imponen —con frecuencia, parece, en Estados Unidos— un final feliz a una novela que el autor había terminado en tragedia o viceversa, según los cálculos de la *audiencia* del momento, hacen ya algo muy similar. Estas revisiones darían trabajo a legiones de literatos en paro. Incluso la historia de la literatura se enriquecería con todas estas variantes; cada artista transformado en Proteo, cada libro personalizado y prefabricado a medida del posible lector, una biblioteca de Babel multiplicada. Todos quedarían contentos, confirmados en sus propias expectativas y pretensiones y nunca cuestionados por sus convicciones. Un libro, decía Paul Valéry, ayuda a no pensar y, en el fondo del corazón, esto es lo que cada uno de nosotros desea con más fuerza.

30 de agosto de 2009

EL MURO AÚN DURARÁ AÑOS...

Recuerdo de unas jornadas en Blois, Francia, la primera semana de noviembre de 1989, con ocasión de un encuentro organizado por Jack Lang y dedicado a la Europa del Este, a la que se llamaba «la otra Europa», término que indicaba la pertenencia de aquellos países al bloque soviético, pero que expresaba también una arrogante condescendencia, el enraizado prejuicio frente al Este, una especie de Europa de segunda categoría. Mientras se desarrollan nuestras tranquilas e inocuas discusiones, está estallando en toda su intensidad la gran protesta de Berlín Este que, como es natural, se convierte de inmediato en el centro de todos los discursos, opiniones, expectativas, esperanzas, temores y pronósticos. Llega por sorpresa un joven director de cine de Berlín Este, muy comprometido con la protesta. Durante las pocas horas que pasa con nosotros, para regresar lo antes posible a retomar su puesto en la lucha de Berlín, cuenta, emocionado, lo que está sucediendo en las calles berlinesas, hasta los más mínimos detalles de aquella oleada que está sumergiendo, mucho más de lo que nosotros comprendíamos en ese momento, un mundo entero. Poco antes de marcharse dice que es imposible hacer una previsión sobre el curso de los acontecimientos, que no se puede excluir nada, ni siquiera una represión sangrienta; una sola cosa, afirma tajantemente, es segura: el Muro durará todavía años. Dos o tres días después, el Muro ya no estaba; se había reducido a unas maltrechas ruinas, una antigualla del pasado, y él era uno de los que, de forma activa, habían contribuido a derribarlo.

No podía imaginar que el Muro pudiera caer, como no podía imaginarlo ni considerarlo posible ninguno de nosotros, convencidos como él de que el Muro quién sabe cuánto tiempo duraría aún. Somos casi todos ciegos conservadores, renuentes o, en todo caso, incapaces de creer que las cosas puedan cambiar. Cambiamos la realidad, en la que estamos acostumbrados a vivir, por la naturaleza, por un orden de cosas que sería quizá deseable pero ingenuo querer transformar. Cambiamos la fachada de lo real por la única realidad posible, definitiva, sin advertir lo que siempre y sin cesar presiona dentro de ella y la cambia de continuo, unas veces lenta, casi imperceptiblemente, otras veces a velocidad vertiginosa.

No notamos la carcoma que roe la madera, no nos damos cuenta de la crisálida que se volverá mariposa, no percibimos la obstrucción de las arterias de la Historia. Habríamos tomado por chiflado a quien, en octubre de 1989, hubiese dicho que el Muro de Berlín pronto sería derribado y que en el lugar de los caídos muros ideológicos surgirían otros muros étnicos y sociales, rudos encierros, mezquinos y sofocantes micronacionalismos.

Un año más tarde, el 3 de octubre de 1990, asisto a la fiesta de la reunificación de Alemania. En el escaparate de una tienda hay muchos televisores encendidos que muestran lo que está sucediendo en las distintas zonas de Berlín. En una pantalla, de pronto, se ve a Günter Grass,

polémico y torrencial, hablando; la boca se abre agresivamente bajo el llamativo bigote, pero no sale ningún sonido del escaparate, como una vieja película muda.

5 de noviembre de 2009

VERSOS RENQUEANTES DEL MÁS ALLÁ

Vuelve Sissi, con el rostro de Cristiana Capotondi, en la producción televisiva de Xaver Schwarzenberger. Hay muchas Sissi: la mujer fascinante y melancólica, frágil y, sin embargo, inamovible en la fidelidad a sus demonios; la emperatriz inquieta, rebelde ante la etiqueta de la corte e intransigente con los deberes vinculados a su papel, aun habiéndolo aceptado libremente; la viajera nostálgica de países lejanos; la obsesionada por la salud y cuidados del propio cuerpo y por los ejercicios gimnásticos; la persona que introduce en el palacio imperial la primera bañera; la anoréxica; la trágica y casual víctima sacrificial de un insensato delito. También es la poeta, autora de muchos delicados poemas, vaporosos y renqueantes que, según ella, le habían sido dictados desde el más allá por Heine, a través de un médium al que ella acudía, sobre lo que un genial consejero de la corte, que ha quedado en el anonimato, observó: «Se ve que Heine, después de morir, empeoró.»

1.º de marzo de 2010

EL VAGABUNDO Y LA MODELO

Esta vez no se trata de una metáfora, sino de una verdadera instantánea, una fotografía tomada en Moscú, delante de la estación de metro de Mendeleyevskaya, y publicada en el *Financial Times* y otros periódicos de todo el mundo. Es la estatua en bronce de un perro vagabundo de tamaño más bien pequeño; indefinibles cruces le han proporcionado un pelo corto y grisáceo oscuro, con tonos más claros salpicados aquí y allá, una cabeza entre el lulú y el perro de trineo. Ese hocico que en la estatua se dirige hacia arriba, esperando la comida o el juego, ha requerido millones de años de evolución del mundo, odiseas de neuronas, y salió de escena —al menos en lo que se refiere a Malchik, este era su nombre— en pocos segundos de una noche de invierno.

Aquella noche, Yulia Romanova, una modelo de veintidós años, atravesaba la abarrotada estación de aquel metro de Moscú con su perrita, una terrier Staffordshire, que acababa de llevar a un sastre especializado en diseñar ropa a la última moda para perros, como el elegante abrigo verde recién comprado de la terrier. Se puede conjeturar que también su dueña habría conseguido —como tantas modelos, gogós, maniqués— arruinar, haciéndolas asépticas y neutras, esa seducción y esa sacralidad de la carne y de la belleza que, liberadas de poses gélidas o vulgares, son la sal de la tierra. Malchik había instalado su morada en un rincón de esa estación; lo conocían los muchos que, como una riada, pasaban a diario por aquella parte y, de hecho, tenía nombre, algo poco frecuente en un perro callejero, sobre todo en una ciudad como Moscú, donde hay treinta y cinco mil.

Cuando la modelo y la terrier se acercaron, Malchik, acostumbrado a defender su rincón, les ladró, unos ladridos y nada más, pero la señorita Romanova, como un rayo, sacó de su bolso rosa un cuchillo de cocina, un objeto poco habitual entre barras de labios, lápices de ojos y rímel, y lo apuñaló hasta la muerte. La arrestaron y fue sometida a un año de tratamiento psiquiátrico, quizá comprensible en su caso, pero siempre preocupante en un país exsoviético. La cuchillada gratuita que mató a Malchik es un pequeño rasguño en el rostro de Dios; es cierto, un arañazo irrisorio en comparación con las terribles atrocidades que lo desfiguran de continuo. Pero a Malchik lo echan de menos sus ocasionales y apresurados amigos del metro, que han querido recordarlo erigiéndole aquella estatua. Es improbable que a Yulia Romanova, cuando llegue su hora, quieran dedicarle una estatua.

31 de marzo de 2010

EN LA COSTA

La «escollera», así llaman los triestinos a la estrecha franja costera de Barcola entre la carretera y el mar, donde muchos disfrutaban del baño en aguas amplias, abiertas, que les hacen olvidar que se encuentran al final del pequeño Adriático y evocan inmensidades oceánicas. Entre la gente, bastante numerosa, tumbada al lado de la carretera en traje de baño, hay una pareja de la llamada mediana edad y algo más, años ya pasados pero bien llevados. La mujer es bastante guapa, una feminidad curvilínea feliz y moderadamente carnosa que combate las huellas del tiempo; solo la boca tiene cierta dureza, la frialdad que la conciencia de la propia clase social y un truco defensivo imprimen a veces en labios orgullosos. El hombre está sentado, contempla vacío y melancólico el mar y juguetea con una gorra, inútil defensa del sol del verano que ya declina.

Un poco más allá hay otra pareja, mucho más joven, con una niña, sin duda perturbada e imprevisiblemente cambiante en sus arrebatos y en sus inmotivadas variaciones de humor. Tiene unos preciosos ojos oscuros y una sonrisa encantadora, a menudo torcida en una mueca incontrolable que acompaña algún repentino gesto agresivo, un escupitajo al suelo o una palabra vulgar, dolorosamente discordante en aquella boca que tiene toda la gracia de la infancia. La curiosidad a su alrededor pronto se convierte en fastidio, cuando se tira al suelo golpeando las piedras con los pies. Mientras lágrimas enigmáticas y silenciosas le caen por las mejillas, ve de pronto la gorra que el hombre está haciendo girar entre las manos y sonrío mirándolo fijamente. El hombre responde a su mirada y a su sonrisa y por sorpresa le lanza la gorra. La niña la recoge, ríe con expresión de haber comprendido, la muestra triunfante a los vecinos, después se acerca a él, se la pone en la cabeza y le frota la cara con ella. Enseguida se aleja, repentinamente sombría. La esposa del hombre —la alianza en el anular permite esta deducción— se vuelve hacia él irritada, su voz es tan dura como sus labios: «Ya sabes que no puedes hacerme estas cosas. Soy demasiado sensible, me duele ver a una niña así; yo ya tengo mis propias penas y no necesito ver más.»

Es raro que la brutalidad tenga la inteligencia y la franqueza de declararse tal; la sensibilidad es la mejor máscara del egoísmo, su abogado más eficaz porque está convencido de lo que dice, aunque sea falso. Todos están, estamos atribulados y somos sensibles, tan sensibles con el dolor ajeno que nos lo quitamos de en medio para que no se nos estropee el apetito. Hay personas, escribía Bernanos, tan sensibles que no pueden ver sufrir ni a un bicho y lo aplastan enseguida para no verlo sufrir. Mientras tanto, el presunto marido, sin saber qué decir o qué hacer, vuelve a colocarse la gorra en la cabeza.

25 de septiembre de 2010

EL LUGAR DONDE EL CORAZÓN CALLA

El nombre, dice el rótulo, es Koo-tuck-tuck. Esta vez la instantánea no es una metáfora, sino una auténtica fotografía, tomada por Geraldine Moodie en Cape Fullerton, en la bahía de Hudson, en 1905. Es una joven esquimal, o sea, una inuit, como se debe decir ahora si se quiere ser políticamente correcto, porque así —inuit, es decir, «persona», «pueblo»— se llaman ellos a sí mismos, que se sienten un poco ofendidos por el término «esquimal», que les dieron los indios algonquinos y recuperaron los primeros viajeros europeos, término que quiere decir «comedores de carne cruda». Koo-tuck-tuck está fotografiada sobre un fondo oscuro, lleva pantalones y chaqueta de piel adornados con vivos dibujos geométricos; la imagen en blanco y negro solo permite suponer los colores, probablemente los de las flores del corto verano de la tundra. Bajo esas ropas espesas, suaves, carnosas se adivina un cuerpo armonioso y casi esbelto, insólito entre su gente, una armoniosa gracia femenina de abedul. Pero es su cara lo inolvidable. Un óvalo perfecto, claro bajo los largos cabellos negros y lisos; una mirada de indecible y orgullosa melancolía, totalmente exenta de esa sumisión cómplice y al tiempo hostil tan frecuente entre los falsos y también entre los verdaderos pobres y entre los grupos sociales o étnicos marginados.

Los otros inuit fotografiados por Geraldine Moodie posan alegres; saben que sus arpones y sus kayaks impresionan en el gran mundo que conocen poco, pero cuyo juego han comprendido instintivamente, se divierten y tratan de ganar algo representando el papel del inuit. She-nuckshoo, con unos bigotes como los de las morsas de las que es gran cazador y con aspecto expresivo e inteligente, se comporta como uno de nosotros, hace de sí mismo, un juego saludable que protege del mirar a fondo en la oscuridad insostenible de la vida, de la propia y de la de todos. Si fuéramos de verdad nosotros mismos, sin escafandras y sin guiones que representar, estaríamos seguramente perdidos, exiliados de no se sabe dónde pidiendo asilo político en un manicomio.

Los ojos negros de Koo-tuck-tuck, sobre la nariz perfecta y la boca dulce y severa, miran de frente esa oscuridad, un vacío al que ella se asoma sin barandilla. En esa mirada solo está la vida, desnuda, herida, inexplicable. Kootuck-tuck, dice el rótulo, es sordomuda. Es fácil imaginar lo que podía suponer entonces una minusvalía semejante, sobre todo la sordera, en aquel mundo en el que el más leve susurro podía ser un mensaje inapelable, el crujido que anuncia el agrietarse del hielo y la apertura de una vorágine, la presencia de un animal del que hay que huir o no permitir que huya para sobrevivir. Los inuit de Canadá —que ahora tienen una región autónoma, Nunavut, y autogobierno— hablan el inuktitut; si en Groenlandia existía una tradición cultural más articulada y abierta a la escritura, a las tierras en las que vivía Koo-tuck-tuck había llegado poco antes el reverendo Edmund Peck, para enseñar a su gente a transcribir su lengua, es decir, a leer y escribir, y parece difícil que ella hubiera sido capaz de comunicarse a través de la escritura y no es

probable que los inuit conocieran un verdadero lenguaje gestual.

Excluida de la cultura oral que constituye el alma de su pueblo, Koo-tuck-tuck quizá solo pueda mirar. Una mirada absoluta en el vacío de los hielos, del silencio que la envuelve —hay una bahía que se llama en la lengua de los inuit «el lugar donde el corazón calla»— y en lo indecible de su existencia. ¿Cómo vive, cómo desea, cómo ama Koo-tuck-tuck, sola con esa mirada, tal vez abandonada a su incomunicabilidad? Bajo el ensordecedor fragor de la historia está el silencio de los últimos y de los olvidados, a los que nunca se les ha dado la palabra, pero que quizá precisamente por eso son los hombres hechos más a semejanza de Dios, a quien el Cántico de Moisés pregunta: «¿Quién es como tú entre los mudos?» Y quizá Koo-tucktuck es una de las piedras rechazadas por los constructores con las cuales, dicen las Escrituras, el Señor ha hecho su casa. Su intangible y cerrada belleza habla de una soledad más grande que la ártica; tal vez una soledad similar al amor, si es verdad que, como escribía Charles Louis Philippe, «el amor es todo lo que no se tiene»

19 de noviembre de 2010

EN LAS VÍAS

Una noche de diciembre. La nieve y el mal tiempo han paralizado aeropuertos, estaciones, autopistas, con los consiguientes enormes y exasperantes retrasos. En la gran estación de Milán un Eurostar a punto de partir es tomado al asalto, en medio de la confusión, por pasajeros apeados de otros convoyes bloqueados, trasladados de conexiones perdidas, que ahora abarrotan, apretujados y de pie, ese tren reservado a viajeros provistos de billete en regla y reserva, que se sientan, impacientes en sus legítimos puestos, todos ocupados. El personal del ferrocarril exhorta a los intrusos a bajar, para que el tren —que según el reglamento no puede recibir, tan sobrecargado, la luz verde— consiga por fin ponerse en movimiento. Ninguno de los irregulares se mueve; cada uno, en una mutua y sospechosa solidaridad general, espera que sea otro el que se mueva, mientras los ferroviarios apremian en vano, cada vez más nerviosos; los regulares, cómodamente sentados, miran aviesamente a los que están apretujados y de pie, alguno protesta, vuelan palabras destempladas, los más legalistas entre los transgresores piden, vistas las circunstancias excepcionales, una excepción a la regla.

Entre el tropel de invasores hay un desgraciado, evidentemente el último en subir, apretado contra la puerta del tren, al que un ferroviario en tierra, frente a él, invita a bajar cada vez con más insistencia, al tiempo que su corpulenta mujer, empujada a su vez contra él, le advierte que no sea el típico tonto incapaz de hacerse valer y dispuesto a ceder. El ferroviario de gorra marcial —sus colegas se han esfumado— la toma con él, porque es el único con el que se encuentra cara a cara. El pobre viajero, pillado entre dos fuegos, no sabe a qué carta quedarse. Se siente solo ante la ley, dispuesta a hacer de él el chivo expiatorio, pero la infracción a las reglas del ferrocarril conlleva una molestia por lo general breve, mientras que los vituperios de la consorte son una condena vitalicia. Cuanto más imperioso se vuelve el ferroviario, desvelando la vocación de mandamás latente en todo hombre, más lo empuja y estruja como a un trapo su mujer. Él no replica ni a uno ni a otra, trata de mirar a otro sitio, a un punto vacío.

En aquella plataforma del vagón se consuma un antiguo rito de revancha, la venganza de la mujer contra siglos de prevaricación masculina; de violencia explícita o implícita, de soberbia, de exclusión pagada con una tiranía doméstica cotidiana, que deja al hombre la corona oficial de padre de familia, pero lo destituye de libertad, costumbres y deseos sustanciales. Una guerra entre topos y ranas —*batracomiomaquia*, se decía en tiempos de Homero— en la que todos pierden. La esclava que esclaviza al amo, escribía Simone de Beauvoir, no se vuelve libre por eso. Una guerra que tal vez se esté encaminando, a duras penas, hacia su final; después de todo, el progreso existe. En un determinado momento, el hombre, sometido a los requerimientos de la ley, baja del tren seguido de una esposa enfurecida pero pronto compensada por la satisfacción de tener razón,

ya que solo él, único entre todos, se ha apeado. El tren parte pese a los reglamentos y lo deja solo bajo la marquesina a merced de su Ménade, cada vez más pequeños ambos para quienes los miran desde el tren que se aleja, que ya no los pueden oír, pero adivinan lo que se están diciendo y ven desvanecerse el rostro compungido de uno y el furioso de la otra, como en una antigua película muda.

31 de enero de 2011

LAS HORAS SAGRADAS

En este caso no se trata de una fotografía, sino de la fotocopia de una página o de algunas líneas tuyas. En su ensayo *Nobleza de espíritu: Una idea olvidada*, Rob Riemen recuerda que la esposa y una hija de Thomas Mann, cuando el 1.º de septiembre de 1939 la radio dio la noticia del estallido de la Segunda Guerra Mundial, dudaron en informarle, para no perturbar las «horas sagradas» en las que él se dedicaba a su creación literaria. Es difícil imaginar una ofensa a la humanidad tan bárbara y ridícula como aquella respetuosa discusión sobre llamar o no a la puerta del gran escritor, si interrumpir o no aquellas «horas sagradas», mientras se está iniciando una de las más espantosas tragedias de la historia. El escritor —y con él, mujer e hija— sabe bien lo que está en juego; Mann ya ha comprendido y denunciado la infamia del nazismo, ha abandonado por ello Alemania, es el representante por excelencia de la democracia, del humanismo, de la humanidad amenazada por la violencia más atroz. Si bien en 1939 no se puede concebir todavía lo que pocos años después será Auschwitz, la furia racista y homicida del Tercer Reich está muy clara, y para Mann de manera particular.

Mann es un gran escritor al que debemos mucho, pero en ese momento —¿por su culpa?, ¿por culpa de las mujeres de la familia?— es ridículo y obtusamente inhumano, si permanece en su estudio tranquilo, pensativo y absorto, concentrado en el trabajo literario. Es inocente, porque todavía no conoce el inicio de la guerra y está dedicándose legítimamente a la escritura, a limar un período, a quitar un adjetivo de más. Pero el simple hecho de que su mujer y su hija, dos mujeres de notabilísimas cultura e inteligencia, puedan pensar aunque solo sea un segundo que no es el momento de importunarle y que eso podría molestarle hace de esta anécdota una trágica farsa, transforma el sacrosanto respeto por su genial trabajo en una involuntaria parodia, como preguntarse si un rey debe ir a la cama o al váter con la corona puesta.

25 de noviembre de 2011

UNA ROSA DE BEATOS

En la catedral de San Nicolás en San Petersburgo —la provincia se llama todavía Leningrado— apenas se entra, a la derecha, hay una pintura, una gran tabla con varios recuadros, todos obviamente de tema religioso y caracterizados por la maravillosa inmutabilidad de los iconos, no rígida detención del tiempo, sino eternidad de instantes llenos de gracia y de significado, que trascienden al tiempo y a su fugaz paso.

Un recuadro central representa una hilera de santos, una larga fila que se aleja y empequeñece, anónimos y oscuros viajeros en el camino. Los primeros, que miran de frente al visitante, se parecen mucho, como para nosotros —al menos según un dicho popular cada vez más desmentido— todos los chinos se parecen un poco; están vestidos del mismo modo, llevan hábito de monje y todos tienen aureola, porque se trata de santos, de hombres sobre los que resplandece una gracia superior, la luz de lo esencial. Pero sus rostros bien definidos, si se los observa con atención, son diferentes; cada uno tiene su expresión particular, una mirada más dulce o más decidida, una boca más seria o más sonriente. Son individuos, muy parecidos pero cada uno irrepetible.

Hacia atrás, la fila de peregrinos se hace, en perspectiva, cada vez más uniforme y las figuras individuales se van volviendo más pequeñas, más indistinguibles. Sobre sus cabezas, la aureola dorada sigue destellando, con un oro cada vez más puro y luminoso; los últimos son casi solo las aureolas, fundidas en un único esplendor, pero cada una, aunque muy tenuemente, con su forma y su individualidad. Me viene a la mente la rosa de los beatos del Paraíso de Dante, quizá también la vacuidad que predica el budismo; una condición en la que el individuo, en su esencia, está todavía y, más aún, está en su esencial pureza, pero liberado del ego, tanto de sus determinaciones no esenciales y perseguidas idolátricamente, como de su prepotencia egocéntrica.

Ser individuos, en ese cortejo, no significa ya el dolor de ser separado del universo y del fluir de la vida y mucho menos el deseo aterrador y autodestructivo de disolverse en el océano indiferenciado del Todo. Significa ser un hermano entre hermanos, sin los que no se sería lo que se es; una voz en el coro, inconfundible y necesaria pero que existe solo si canta en ese coro que, a su vez, tiene absoluta necesidad de ella. *Ecce quam bonum et quam iucundum habitare fratres in Unum*, dicen las Escrituras, qué bueno y gozoso es estar con los hermanos en la unidad o bien, para quien tiene fe, en Dios. Pero tal vez, para ser uno de esos caminantes, baste con enamorarse, con colarse por alguien que nos ayude a encontrarnos a nosotros mismos fuera de nosotros, en otra existencia. Algunos cabellos, no solo rubios, no tienen nada que envidiar a aquellas aureolas.

14 de abril de 2012

EL ESTIÉRCOL DEL DIABLO

Bajo un toldo en el patio de un bello palacio friulano, colocado con eficiencia y rapidez por la amenaza de lluvia de este caprichoso junio, se discute de la crisis económica, de la degeneración del capitalismo que la ha provocado, de las perspectivas y de las altas o bajas probabilidades de superarla, de algunos grandes o menos grandes protagonistas de la economía italiana, infatigables defensores de la legalidad y de la equidad o desvergonzados mentirosos y aprovechados. En el estrado, los cuatro oradores se atienen escrupulosamente a los hechos; intentan —sobre todo uno, el protagonista del encuentro— aclarar las cosas, explicar la diferencia entre una economía sana basada ante todo en la producción y otra dedicada de manera insensata a especulaciones financieras basadas en la nada, muchos ceros hinchados que al principio parecen algo y al final revelan lo que son, ceros. Alguno destaca cómo la fiebre del dinero, desvinculada de un contexto real de trabajo y de relaciones humanas, se convierte en una distorsión de la vida.

A los oyentes —un público sobre todo de gente acomodada más que de víctimas de la crisis privadas de un mañana seguro— les interesa poco comprender si la crisis, como tratan de analizar los oradores, es una degeneración patológica del capitalismo debida a errores, culpas y fechorías de personas individuales, aunque numerosas, o a fuerzas económicas y, por tanto, una enfermedad culpable y evitable o bien una enfermedad fisiológica, inexorable envejecimiento del sistema, como la decadencia de un imperio. El público, en cambio, parece deseoso de que se hable mal —en el sentido más amplio y genérico posible— del dinero y de recordar con nostalgia los buenos tiempos pasados, cuando éramos pobres y, por tanto —según la óptica de De Amicis, falsa como *Corazón*—, más felices. En un determinado momento —incluso en las charlas posteriores al debate, bebiendo excelentes espumosos y comiendo un exquisito jamón— parece que, para muchos, el dinero sea el medieval estiércol del diablo.

En vano trato de hacer comprender a un amable anciano señor, de evidente estatus social elevado, que el problema actual, para Italia y otros países (o para la gran mayoría de sus ciudadanos, aparte de unos pocos privilegiados o deshonestos), no es el exceso de dinero sino su escasez. En los buenos tiempos pasados —¿cuáles?, ¿los tiempos del fatigosísimo trabajo en la fábrica durante la Revolución Industrial, de los braceros agrícolas sin protección social, de la espantosa explotación infantil?— casi todos estaban mucho, mucho peor, como están peor que nosotros, en el amplio mundo, millones y millones de personas que viven como muchos de nuestros abuelos en los siglos anteriores. Para mi interlocutor y para muchos otros a su lado, copa en mano, los buenos tiempos pasados.

La indecorosa y justamente reprobada fiebre del consumo exasperado necesita retocarse el maquillaje con polvos de simplicidad de tiempos antiguos, autenticidad campesina, austeridad de

costumbres. El capitalismo triunfante e impúdico se cubre —de vez en cuando, durante unos segundos— de pudibundez y quiere ennoblecerse con los cosméticos del anticapitalismo medieval y romántico, fustigado tanto por Smith como por Marx. Es una hipocresía de buena fe, por tanto, todavía peor, porque corrompe no solo el corazón, sino también la inteligencia.

Esta nostalgia de la buena pobreza no disminuye la protesta contra los impuestos que aligeran los bolsillos y por lo tanto, según esta visión, deberían purificar la existencia. A quien, en el cóctel, añora los tiempos antiguos de la penuria, le digo que estoy dispuesto a hacerme cargo de un poco de la maldición de su riqueza y a facilitar mi IBAN para eventuales transferencias de ese peso. Pero esta generosa oferta mía por desgracia encuentra —en este caso la expresión es apropiada— oídos de mercader.

16 de junio de 2012

EL PLÁCIDO VERANO

Un día de verano en una isla del golfo de Carnaro; uno de esos días perfectos, cuya belleza marina provoca un sentimiento de gloria, pero también una punzada dolorosa porque, como se ha dicho del amor, hace que sintamos lo que nos falta. Es un sábado, día de cambio de turistas que parten y turistas que llegan a sustituirlos, como las cuadrillas de chicas en los tiempos de las casas de citas. La pesadilla de los que parten es el temor a las largas colas de automóviles que obligan a pasar horas sin moverse esperando a los transbordadores, a pleno sol y con mucho calor. La parada repentina de los coches de delante, a lo largo de la carretera que se eleva sobre el mar, bonita pero tortuosa y poco propicia a los adelantamientos, inquieta, amenaza con paradas interminables. La gente sale de los coches, bebe directamente de las botellas, se dirige a la primera curva para ver qué ha pasado. Pero tras la primera curva hay otras muchas que impiden conocer la situación; de personas que van más lejos y regresan llegan migajas de noticias e hipótesis, deformadas por el paso de boca en boca, como en el viejo juego del teléfono.

Baja una señora de un coche. Ya no es joven, decididamente hermosa en sus formas elegantes y generosas, que revelan un delicioso placer de vivir, aunque el calor es poco galante con esa agradable carne; el sudor traza momentáneos surcos similares a arrugas y ablanda los brazos y las florecientes mejillas. Un hombre que tiene aspecto de haberse informado se dirige hacia su coche. La señora va a su encuentro. «Una larga caravana», ¿hay mucho atasco?», le pregunta. «No», responde el hombre, «es un accidente. Hay un herido tendido en el suelo; en cuanto llegue la ambulancia nos ponemos en movimiento.» «Menos mal», dice aliviada la señora, dirigiéndose a su coche. Los demás callan, agradecidos de que haya sido ella la que ha cargado con el peso de decir lo que piensan, lo que pensamos todos.

9 de julio de 2012

LA ESCRITURA, PROHIBIDO EL PASO

En las cárceles del Coroneo, en Trieste, discutiendo con los detenidos. De lectura y de literatura, según el programa, pero muy pronto también de otros y más candentes temas. Inicio el encuentro tratando de explicar cómo nace un libro, de recordar los motivos que inducen a escribir, la relación entre autor y lector. Entonces un detenido, que cumple una grave pena por homicidio, dice que también él, como otros compañeros suyos de prisión, escribe, añadiendo que, sin embargo, entre ellos y yo —y mis colegas dedicados a las letras—, en lo que respecta a la escritura, hay una diferencia insalvable. Vosotros, dice, escribís para publicar, para comunicar, para transmitir a los demás lo que tenéis dentro; para mí y para otros como yo en esta cárcel, las razones que nos inducen a escribir son opuestas. Escribimos —al menos este es mi caso, dice, pero sé que vale igual para los otros— para tener algo que sea nuestro, solo nuestro, fuera del control que obliga a someter cada trozo de nuestra vida y de nuestra realidad a los rayos X. Aquí no hay nada mío, solo mío; mi existencia está hecha para ser desnudada, cacheada, fichada. En cambio, lo que escribo es solo mío; no se lo enseño a nadie, jamás se lo daría a leer a nadie, es un mundo mío donde los carceleros, la ley, los jueces, los otros prisioneros, todos los demás no pueden entrar. Y sobre el papel me siento libre, sin guardianes, sin nadie que me expropie de mí mismo.

Para aquel hombre, evidentemente, poner su corazón al desnudo, como dice el título de una obra de Baudelaire, significaría sufrir una violencia más. No creo que tenga razón. Escribir, comunicar, dar una parte de uno mismo a los demás puede ser un gesto de generosidad, un regalo que abre un diálogo. Y es precisamente en el diálogo, en el salir de sí mismo y encontrar al otro, en lo que consiste el sentido de la existencia. Por lo demás, en otras cárceles, por ejemplo en Bollate, Bérgamo o Viterbo, otros presos, también ellos dados a la escritura, me han dicho lo contrario, me han expresado el deseo de hablar con alguien de ese modo. Pero en la terca cerrazón en sí mismo de este hombre, en su celda del Coroneo, hay también una verdad, una exigencia de reserva y una voluntad de resistencia que todos necesitamos, incluso quien no se encuentra entre rejas.

Lo miro, lo escucho y pienso en el indecente striptease espiritual que se extiende de día en día. En los amantes o examantes deseosos de exhibir en televisión sus reproches, que degradan la cama a escenario de trifulcas y chismorreos, en las madres cuyo corazón en mano ocupa toda la pantalla, en las legiones que cuentan en Facebook intimidades —no más interesantes que su ropa interior— a personas que no conocen y que siguen siendo extrañas después del intercambio de información, o en las que difunden obscenamente intimidades ajenas robadas. También el corazón, escribe Flaubert, tiene sus letrinas, pero no se entiende por qué hay que espiar estas letrinas por el ojo de la cerradura, invitando a hacerlo a otros miles, o por qué hay que abrir la puerta de la

propia letrina mientras se está ocupado en evacuar, e invitar a otros a mirar.

Pero pienso también en nosotros, que escribimos y no solo publicamos, pero andamos por ahí poniendo nuestro corazón quizá no al desnudo pero sí, desde luego, bajo los reflectores, leyendo en voz alta nuestras páginas, esperando tener multitud de oyentes, contando cómo y por qué hemos llenado de palabras esos folios, qué nobles, sufridas o transgresoras pasiones están detrás de esos folios impresos. Por supuesto, esperamos que se admire lo que hemos sacado a la luz desde nuestro fondo oscuro, sin darnos cuenta de que así, como escribe Borges en una página memorable, nos vaciamos, dejamos que nos quiten todo y ese espacio oscuro corre el riesgo de quedar vacío.

No imitaremos a aquel detenido, inflexible guardián de su fondo oscuro; no sería justo y, sobre todo, no seríamos capaces. No sabemos renunciar a abrir el corazón a los visitantes que hacen cola esperando la hora de apertura. Personas cuya generosidad es a menudo más profunda, inteligente y verdadera que la nuestra. Pero si al menos no dejáramos este corazón desnudo del todo; si le pusiéramos, por decencia, una camisa cualquiera, no necesariamente de rayas.

1.º de noviembre de 2012

ABAJO LOS POBRES

Una sesión del consejo municipal de Trieste, hace años. Se discute sobre la gasolina subvencionada, privilegio que, para afrontar la competencia del carburante más económico al otro lado de la cercanísima frontera, permite a los triestinos adquirir la gasolina en condiciones más ventajosas que en las otras regiones, a cuenta, por supuesto, del contribuyente italiano. Franco Panizon, gran pediatra genial con los niños, ajeno a lo que la Iglesia reprueba como «respetos humanos» y consciente de que en cada sala o habitación de hospital hay un mundo, se sienta en los bancos de la izquierda. Como los niños que cura, es un hombre que conserva toda la increíble creatividad de la infancia, la capacidad de jugar, es decir, de hacer lo más libre e importante del mundo. Una vez me mostró a un niño, que moriría días después, jugando con un aparato grande y enrevesado que le suministraba el goteo, con el que se deslizaba y corría como en los coches de choque de un parque de atracciones.

Como demostración de que la izquierda a veces es más liberal y liberalista que la derecha (en ese momento, mayoría en el ayuntamiento), Franco Panizon se declara contrario a tal privilegio, pues no ve motivo alguno para que un ciudadano calabrés o ligur tenga que pagar un impuesto para que él pueda pasear en coche por el Carso a mejor precio. El alcalde observa ácidamente que el consejero de izquierda Panizon es poco sensible a las exigencias de los pobres. Panizon se levanta y grita: «¡Abajo los pobres!» De hecho, una persona recta querría oír que no hay pobres, que nadie es pobre. Sucedió en Trieste, una tarde de hace algunos años.

16 de noviembre de 2012

LA PALABRA JUSTA EN LA BOCA EQUIVOCADA

Creo que fue Karl Kraus quien inventó la expresión «la cosa peor es la palabra justa en la boca equivocada». Por ejemplo —aunque se trata de ejemplos demasiado fáciles— la palabra «patria» en boca de un nacionalista o bien «Dios» en boca de un mojigato intolerante; «mamá» en boca del orador de un *family day* o «diversidad» invocada en cualquier marcha o desfile. La frase de Kraus me vino a la memoria hace unos días en el tren, viendo e, inevitablemente, oyendo las discusiones de una pareja sentada frente a mí. Debía de tratarse de personas que no vivían su primera experiencia conyugal, de hecho o de derecho, con otras familias a la espalda e hijos, al menos algunos, no en común.

El hombre parecía ansioso, preocupado por alguien evidentemente más próximo a él que a su bien cuidada compañera. Quizá una hija, citada poco antes; en todo caso, una persona joven de sexo femenino, como se podía deducir de la naturaleza de los problemas que, según podía entender yo, la aquejaban y que angustiaban al hombre, lo volvían inseguro sobre el comportamiento que debía asumir frente a tantas manifestaciones de aquellos desasosiegos: escucharlos, echárselos sobre sus espaldas, o bien afrontarlos con firmeza incluso severa para no agravarlos dándoles demasiada cuerda. Estaba desconcertado; parecía incapaz de distinguir los gritos que pedían ayuda a causa de un profundo sufrimiento del asfixiante egocentrismo que en ocasiones acompaña al dolor. Existe la brutal indiferencia o el fastidio de los sanos hacia los enfermos y existe la conjura de los enfermos hacia los sanos.

El hombre, inquieto, se esforzaba por comprender qué comportamiento sería más justo y más útil para quien tanto le importaba y cuyas dificultades lo trastornaban. También él pedía ayuda y consejo y su vecina —vecina al menos por el puesto asignado en el tren— le aconsejaba con resuelta decisión. Por lo que entendía, en mi indiscreto pero inevitable curioso, sus opiniones eran justas e inteligentes. Le aconsejaba y recomendaba un comportamiento severo, expeditivo, incluso seco que, a su juicio, contribuiría a desdramatizar la situación y a que la interesada comprendiera que su angustia era aprensión, ayudándola así a no tomarse demasiado en serio y, por tanto, a sufrir menos. Eran, en esencia, palabras justas, adecuadas a la realidad, indicaciones útiles. Pero la boca que pronunciaba aquellas palabras —una bella boca, pero crispada y dura— les daba un tono que anulaba o cambiaba su efecto y sentido, como una sala con mala acústica estropea la música que suena en ella. No había en aquella boca nada de dolorosa aunque firme participación en el desconcierto de su compañero y en las penas, reales aunque tal vez excesivas, de la persona que le era tan querida. La línea de aquellos labios no hablaba de una severidad asumida de mala gana porque se consideraba necesaria y útil; en aquellos labios había un matiz de inconsciente maldad, la insatisfacción ligada con frecuencia a la maldad, la desdeñosa crueldad

infantil del niño frente al llanto del compañero al que ha infligido un pequeño ultraje, inocente y perverso.

Quizá el hombre, en ese momento débil e indeciso, era en otras circunstancias fuerte y decidido, una presencia dominante y a Dalila no le disgustaba cortar el cabello a su Sansón, verlo encadenado por su propia debilidad. Su boca ya no era ni siquiera bella, como también puede serlo una boca cruel, rapaz o perversa, pero no una boca en la que flota la maldad. De este modo, las palabras justas e inteligentes de la mujer, que por sí mismas habrían podido ayudar al hombre a afrontar mejor la angustia que lo invadía, se volvían inútiles y dañinas, porque para ser verdaderamente justas y provechosas tendrían que haber compartido aquella angustia, sin secundarla pero asumiéndola y haciéndola propia. Pero para hacer esto tendrían que haber salido, tal cual, de otra boca. Mejor lo contrario, mejor palabras equivocadas en una boca justa, pensé, viéndoles levantarse, juntos y extraños, para bajar del tren un par de estaciones antes de la mía.

23 de enero de 2013

LEÓN MARINO

Trieste, litoral de Barcola. Sobre los escollos que bordean la carretera, la avenida Miramare que conduce a la ciudad y a los pequeños baños populares, los llamados «Topolini», ratoncitos, hay alguno que se tira al agua o se tiende al pálido sol de un día ventoso, pero la orilla está casi desierta. Un hombre mayor y corpulento en traje de baño dormita con el periódico en la mano; más allá, una chica muy joven sale del agua. Llega un grupo de chicos, intercambiables en su grosería vagamente amenazadora, y comienzan a molestar a la joven. Hasta un determinado momento, la cosa queda dentro de los límites de una fastidiosa y torpe vulgaridad, después el juego comienza a volverse más pesado, las manos se alargan, la chica se asusta un poco y el casual observador empieza a temer que se vea obligado a intervenir y se pregunta cómo lo hará.

Por suerte, sobre todo para la chica, el señor corpulento se alza, revelando una discreta tripa, e invita a la pandilla a dejarlo ya. Los muchachos se le acercan groseros y agresivos, amagan algún empujón y lo invitan de malos modos a no buscarse problemas. El señor, rapidísimo, se coloca con la espalda en la pared, levanta con una sola mano el pesado pedestal de mármol de una sombrilla, lo deja en el suelo sin aparente esfuerzo y les hace un gesto a los chicos para que se le acerquen. «¡Venga, venga!», dice. «Al primero que se acerque lo estampo contra el muro, pero después, con todos los que sois, sin miedo, me haréis pedazos. A ver, ¿quién es el primero?» La panda masculla groserías amenazadora y poco a poco se aleja, no con demasiada prisa, para salvar la cara y con el aspecto insolente de quien se retira por propia indulgencia. La chica, mientras tanto, ha desaparecido. El más contento y aliviado de todos es el observador casual, feliz de que no le hubieran puesto a prueba.

El señor mayor se tumba y reanuda la lectura; luego se levanta y se dirige al agua. Pero en ese momento llega su mujer que, evidentemente, había ido a hacer algún recado e ignora el ya desvanecido rifirrafe. «¡Pero Alberto!», grita imperiosa. «¿No pensarás bañarte con esta agua tan fría, sin sol, tan inconsciente como siempre?» El hombre levanta la cabeza, abre la boca para replicar, después cambia de idea y vuelve sobre sus pasos, dejando, melancólico, el mar a la espalda. «¡Te tengo dicho que no te quites la camiseta! Y deja ese cigarrillo, nos vamos a casa, que ya es tarde; Dios mío, un poco de sentido común, pedazo de crío.»

El hombre vuelve a vestirse, mira el mar, después a la mujer. Su mirada, que intercepto un instante al pasar a su lado de camino al agua, está velada y me recuerda la de un león que vi en una casa de fieras de un circo: miraba a la gente delante de su jaula con la resignada certeza de no poder devorarla y tal vez también con la triste convicción de que era justo que así fuera. El señor se dirige al coche con su mujer. A lo lejos, la pandilla de antes está jugando en el mar, se dan manotazos y palmadas en la espalda, pelean por meterse unos a otros la cabeza bajo el agua. El

hombre los mira, quizá con envidia.

1.º de julio de 2013

LA PIEDRA DE JENS

Domina el azul, junto al oro y el blanco, en el techo y las paredes de la pequeña iglesia de Dypvåg, que se remonta al siglo XII, en la Noruega meridional. El azul, color de lejanía y nostalgia, va bien con Noruega. La iglesia parroquial de Dypvåg —«una de las más antiguas y bellas de toda Noruega», dice el folleto, un puerto seguro para el cuerpo y el alma de los pescadores y marineros— tiene, a pesar de las reconstrucciones y reformas, la recia y descarnada gracia de las iglesias de madera repartidas por todo el país, casa de Dios pero ante todo de familias y de hombres cuya *pietas* incluye no solo las plegarias sino también y sobre todo el trabajo de las manos hábiles para dar forma a la madera, para construir la casa y el barco, contando con la dirección del viento y los movimientos de las corrientes. Hay allí tablas de pintores notables, un púlpito y un baldaquino de sobria majestad.

Delante de la antigua iglesia está, como corresponde, el cementerio que le pertenece no por razones de confesión religiosa, sino porque contiene el mundo y la vida de la gente del lugar. No es casualidad que en muchas lenguas germánicas cementerio se diga «patio de la iglesia». Nuestros cementerios están en la ciudad, necrópolis y metrópolis de mármol, majestuosos triunfos de la muerte y de su dominio; traen a la mente la especulación urbanística más que la vida eterna. En los países escandinavos, como en otros, las tumbas, casi siempre de pequeñas dimensiones y poco llamativas, están desperdigadas de un modo casual entre los árboles, algunas casi disimuladas en la hierba, un sotobosque de nombres y fechas. Ninguna pretenciosa capilla familiar con cúpulas y columnas, que aquí habría sido tan ridícula como un rey en la cama con la corona en la cabeza. Un lugar para pasear, de familiar cercanía, en el que hasta la palabra «muerte» suena demasiado pomposa. Lápidas y cruces de piedra muestran nombres de pescadores, campesinos, comerciantes, marineros, constructores de embarcaciones a vela, que crearon la prosperidad de la vecina Risør, después en crisis por las naves de vapor, pero pronto recuperada. Las pulcras, señoriales pero siempre contenidas casas de los armadores antiguos y modernos son la esencia de este extraordinario pueblo agrícola y marino que ha producido una de las más desconcertantes literaturas de la disgregación moderna; un pueblo muy pobre hace un siglo y hoy el más rico del mundo, sin un céntimo de deuda pública.

En las tumbas, nombres y fechas de nacimiento y muerte resumen, con esencialidad y discreción, la existencia de sus inquilinos. Al lado de una gran flor hay una pequeña lápida, una piedra redondeada con un diámetro de unos veinte centímetros. Hay un nombre, Jens Keilon, y una sola fecha: 26.7.1993, evidentemente el día de su nacimiento pero también de su muerte. Ese hombre vivió solo veinticuatro horas. ¿Qué sucedería en esas veinticuatro horas? Su existencia es más interesante, también porque es más secreta y desconocida, que las de otros parroquianos que

lo circundan. Me pregunto si en ese tiempo vivido hubo solo mal o la secuencia del mal que ha interrumpido su camino, o tuvo también felicidad, el reconocimiento inarticulado pero no menos intenso de la madre por lo demás muy bien conocida y reencontrada de otro modo y con otro rostro. Su existencia es una totalidad, no menos que las otras próximas a él; una pequeña, pequeñísima existencia incluida en el fluir del mundo, mínima pero absoluta e insustituible. Respecto al enorme laberinto de las cosas que hacen el mundo, la historia, el universo y la existencia de quien muere a los cuarenta o a los ochenta años, esta es ridículamente irrelevante, una gota en el océano, sin embargo única e irrepetible.

Pienso en Jens, en cómo la curva de su vida se entrecruzó con la del mundo. Aquel día, 26 de julio de 1993, el *Corriere* recogía los funerales de Gardini, que se había suicidado por temor a ser arrestado a causa de presuntas malversaciones, y la noticia de un Boeing surcoreano que se había estrellado en Seúl y provocado sesenta y tres muertos; un artículo de Alfio Sciacca cuenta y comenta la noticia de un juez que había pedido a la mafia que disparase a un profesor por haber suspendido a su nieto. Milicias chiíes atacan el Líbano, dos chicos mueren en un accidente en Milán, grandes protestas en Estados Unidos contra la condena a muerte de un perro culpable de haber mordido a una niña. Cualquiera vida, hasta la más desconocida y negada, está ligada a todas las demás del mundo. La vida es un coro, sobre todo en el momento final que la resume.

El periódico, aquel 26 de julio de 1993, no menciona a Jens, pero tampoco al presidente Clinton. De Jens podrían decir que lloró, incluso ruidosamente, al salir del vientre al exterior; que chupó quizá no todavía la verdadera y propia leche materna, y probablemente que se lamentó y con razón, mucho más de lo pudiera darse cuenta. Tal vez que también, en algún momento, en brazos y con la boca en el pezón, fue feliz. Pero aunque se hubiera escrito su biografía, habría sido una biografía incompleta, relativa a la última fase, porque Jens no vivió solo un día, sino nueve meses más un día y en esos nueve meses nadó, oyó voces que a lo mejor eran para él la felicidad, dio patadas vigorosas. Vivió aunque no tuviera la posibilidad de darse cuenta de su vida, de ser racionalmente consciente de ella. Pero en esto tal vez no sea muy diferente de tantos otros contemporáneos suyos, y compañeros de viaje por los incomprensibles caminos del mundo, que ese día podían leer su nombre e incluso ver su ecografía, perdón, fotografía en el periódico.

30 de julio de 2013

ESCENAS MUDAS DE UN MATRIMONIO

En la mesa de una hospedería del Carso triestino, unos amigos llegados a tomar un poco de aire fresco observan irónicos a una pareja en otra mesa, posiblemente marido y mujer. Sentados uno frente al otro y al propio vaso, no se dicen una palabra, cada uno entretenido con su propio iPhone o con otro chisme similar; a veces hablan, pero no con el compañero sino con interlocutores invisibles, pero en general están en silencio, absortos en sí mismos y en sus aparatos. Hace unos años probablemente habrían interpuesto entre ellos un periódico, cortina de papel casi de hierro ahora sustituida por nuevos muros aislantes más sofisticados.

En la otra mesa, es inevitable alguna sonrisa maliciosa que subraya el placer de sentirse censores de los tiempos y de la decadencia de las auténticas relaciones humanas. A los solteros, en particular, les encanta comprobar el aburrimiento del matrimonio, la lejanía que se insinúa en una pareja estable. En general, se extiende la satisfacción de criticar la banalidad y los estereotipos ajenos —banales son siempre los otros—, de sentirse libres de convencionalismos y de rutinas, almas auténticas listas para ver por doquier otras que no lo son y dispuestas a compadecerlas, criticarlas, corregirlas, liberarlas de la mecánica repetición de sus existencias, enseñarles cómo se vive. En todo fustigador de la banalidad cotidiana hay un maestro de escuela, incluso de los de antes, con la vara en la mano.

¿En qué mesa se sientan los clientes más vivos? De vez en cuando los probables cónyuges, aunque sea fugazmente, se miran; un instante de tranquila, misteriosa ternura. Ella le acaricia el brazo una vez. ¿Por qué, para ser más verdadera, tendría que cerrar su artilugio digital que nada quita a aquella caricia? ¿Y por qué estar juntos en silencio tendría que ser siempre señal de aridez y alejamiento? Es cierto que el alejamiento puede ser un mordisco de infelicidad y robar a las personas —en especial si se trata de personas que se aman o se han amado o que se dan cuenta con dolor de que se aman pero de un modo recíprocamente incompatible— ese diálogo en el que solo existimos de verdad.

Pero el feroz e inhumano engranaje de la realidad nos priva demasiado a menudo de otro bien: el de la soledad, de nuestra necesidad de estar solos, de vivir al menos de vez en cuando en aquel Lejano Oeste de nuestro corazón en que somos de verdad nosotros solo si estamos solos, como el vaquero de las viejas películas del Oeste. Amar significa también comprender y proteger esa soledad que el otro necesita; comprender que él o ella puede querer comer fuera no solo porque tiene una trivial y siempre respetada comida de trabajo que no ofende a ningún matrimonio, sino porque ese día necesita estar a solas con sus propios pensamientos y con su errante vagabundear y perderse. Y sin embargo, dice un verso de Rilke, «se aventuran los amantes / a invadir siempre uno los confines del otro».

Los dos presuntos cónyuges de aquella mesa no tienen, pues, el deber de volverse locuaces, ni otros tienen el derecho a saber si son o no felices, si se aman y cómo, qué agravios se han infligido recíprocamente. La verdad humana es también el respeto de esta opacidad, derecho inalienable de cada uno, aunque violado sin cesar. ¿Por qué esta manía de escarbar en la vida de los otros y tratar de pasarla por rayos X, pretender conocer la verdad y envenenarla con frecuencia precisamente zumbando a su alrededor, convencidos siempre de hacerlo por amor hacia esos que tal vez preferirían que nos mantuviéramos alejados y tranquilos? Como dice don Quijote, allá se lo haya cada uno con su pecado.

23 de agosto de 2013

TODO BIEN

Schio, sábado por la noche. La Manchester italiana, se decía hasta no hace mucho, cuando la industria textil hacía de la pequeña ciudad un florido corazón del sanguíneo, terroso y auténtico Véneto, ejemplo de cómo se acompañan carnalidad y devoción, trabajo duro y cínica *dolce vita*. Ahora la crisis ha medio vaciado de dinero y de alegría la rica ciudad, los tejidos se hacen en China. Ceno solo en una pizzería. Hay otro cliente. Come mirando fijamente al frente. Si no estuviera él, la sala sería tan solo un espacio físico provisionalmente vacío, que no hace ni bien ni mal a nadie. Su presencia, su lejanía inaccesible y su mirada perdida dirigida a la pared la llenan, en cambio, de una infinita y desolada soledad. No se está nunca tan solo como a veces cuando están dos. Una pequeña representación sacra del exilio del Edén.

Salgo a fumarme un puro. La noche es húmeda, el aire destila alguna inofensiva gota de agua. Me siento en la acera, fumando. Pasa delante de mí un pequeño grupo de chicos y chicas, un par de ellos llegados de algún país africano. Al pasar, uno de ellos, con un acento ya casi véneto, me pregunta, inclinándose hacia mí: «¿Todo bien?» Es evidente que por una parte mi edad, por otra el traje y el impermeable no elegantísimos, pero inequívoca y respetablemente burgueses, hacían sospechosa aquella postura. Les tranquilizo, si bien la expresión «todo bien», tomada al pie de la letra, podría ser comprometida y discutible. Charlamos un rato, uno me dice que viene de Senegal, una chica, que ha nacido y vivido siempre en la vecina Thiene, trabaja en un bar. Me doy cuenta de que nunca he preguntado «¿Todo bien?» a nadie en cuclillas. Los jóvenes se alejan riendo. Ha sido una bonita noche, pienso con gratitud mientras me levanto y me encamino al hotel, y la de ellos, como es justo, será probablemente todavía más bonita. Todo bien.

12 de junio de 2014

EN LA VENTANILLA

Oficina de cementerios del Ayuntamiento de Trieste. La cola de los interesados a título vario, aunque todavía no usuarios, en la última morada —presumiblemente de personas más o menos queridas que han pasado a mejor vida y necesitan un adecuado acomodo o bien, como prescribe la ley, después de cierto número de años, el traslado (urna, nicho, fosa común)— es exigua. Una ciudad de pocos nacidos y por tanto de pocos muertos.

La proximidad física al señor que me precede y que ha llegado ya a la ventanilla hace inevitable la indiscreción de oír lo que se dicen los dos, el ciudadano y el funcionario a su servicio. Algo —algún detalle, vicio de forma, falta de algún documento— relacionado con la reciente partida del padre del ciudadano, que todavía no ha retornado a la tierra, por lo menos en sentido literal. Entiendo que la tumba que lo espera —y sobre los motivos de la dilatada espera se discute— es una tumba familiar. Discuten los dos: el huérfano, por otra parte en edad más que apropiada para tal estado, protesta por algo, el otro replica apelando a registros, timbres, firmas. En un determinado momento, el funcionario, algo impaciente pero siempre con la decorosa e indiferente consideración debida a una muerte ajena, pregunta de nuevo quién es o quiénes son los propietarios de la tumba. «Es propiedad de mi padre», responde el otro. El funcionario levanta la cabeza, la asoma por la ventanilla, acercándose a la cara de su interlocutor. «Lo siento», dice con frialdad, «su padre ya no es propietario de nada.» Una definición de la muerte como otra cualquiera. En la escuela, el catequista hablaba, en cambio, de «separación del alma y del cuerpo».

10 de julio de 2014

FLECHA BLANCA

Tren Flecha Blanca Milán-Trieste, por la tarde. En algún sitio a mi espalda, ladra un perro de vez en cuando. No es una gran molestia, de hecho los viajeros no protestan; se miran, algunos con cierto fastidio, otros con afable ironía.

Llega el revisor e invita a la propietaria del perro a hacer que este enmudezca y también a cambiar de coche, ya que su billete es de segunda clase; la mujer tiene un rostro apergaminado, una expresión siempre igual, ausente e indiferente. Está sin duda perturbada, quizá alterada por el alcohol. Parece no entender lo que se le dice, se resiste, se niega a irse. El interventor levanta la voz, insiste, ella le pide farfullando que muestre sus documentos, él grita, ella lo insulta con términos duros y vulgares; él, presa de un verdadero ataque de furia, la insulta con palabras todavía más duras y vulgares; ella mira al vacío y repite sus injurias, él, descompuesto y violento, amoratado, grita que le va a romper los huesos aunque termine entre rejas. Los viajeros se miran, nos miramos, pasmados, preguntándonos vagamente si es necesario intervenir y quién lo hará, cohibidos por la universal cobardía que nos hace sentir incómodos incluso en situaciones mucho más graves. El perro, más digno que los dos contendientes, anda a su aire.

Solo una señora, más próxima a la degradante escena, trata de interponerse, empujando con delicadeza a la mujer hacia la puerta del vagón, entre el grosero farfullar de ella y los gritos y amenazas de él. Por fin la mujer sale, se sabe después que la han hecho apearse en Desenzano. El revisor vuelve al vagón y dice unas palabras de excusa. Tal vez está exasperado por muchos otros penosos y desagradables incidentes que le suceden a diario y que llegan a encolerizarlo. Vigilar la observancia de la ley es más fatigoso que violarla. En lo que a la mujer se refiere, quién sabe qué infelicidades, exclusiones incluso violencias han marcado su rostro apagado y marchito, que la asemeja a un impasible piel roja, mucho más vieja que su edad. Cuántas tristezas nos marca en la cara la vida, cruel grabadora.

11 de diciembre de 2014

GRAFITI

Berlín. El taxi que me lleva del aeropuerto al hotel se detiene un par de minutos a causa de un repentino atasco de coches en Invalidenstrasse, a la altura del número 86. En la pared del edificio, alguien ha escrito con spray en letras grandes: «Ne lisez jamais!» Una invitación perentoria, apasionada —a saber por qué en francés—, a no leer, a no leer nunca.

No creo que el anónimo autor sea un epígono tardío de aquellos jubilosos estudiantes que en el 68 descuartizaban públicamente libros por ser una manifestación de la (falsa y represiva) cultura burguesa. Quizá también este quiere ser, a su modo, un grito de libertad, pero más doloroso. Libertad de la lectura —y por tanto, primero, de la escritura— acusadas de entumecer y paralizar la vida, falsear la verdad del instante, la irrepetible palabra de un momento. No es casualidad que los más grandes maestros de la humanidad —Cristo, Sócrates, Buda— no escribieran, no quisieran escribir; tal vez porque la verdad que anunciaban era única y no reproducible, ligada a la persona que la dice, a la concreta autenticidad del momento y del estado de ánimo en que se dice. ¿Podemos imaginar a Jesús o a Buda escribiendo un libro, corrigiendo las pruebas y entregándoselo al editor?

De escribir y dar a leer sus palabras se han ocupado otros, sus fieles, que no solo escucharon sino que también repitieron y transmitieron aquellas palabras suyas, separándolas de la inmediatez de su resonar bajo los árboles de la India o en los caminos de Galilea. Por supuesto, leer la historia de una vida no es lo mismo que vivirla o ser testigo de ella, oír palabras que llegan al corazón mientras están saliendo de una boca. Pero aquellas palabras nos nutren gracias a quienes las fijaron y transcribieron. También el iconoclasta francófono en el fondo ha escrito y los transeúntes lo leen.

3 de abril de 2015

LA PUBLICIDAD, GRAN SERMÓN CUARESMARIO

En la época de la secularización, la publicidad sustituye en ocasiones a los sombríos predicadores de los llamados siglos oscuros, fustigadores de la carne a los que complace recordar que bajo unos pechos gloriosos está el esqueleto, destinado a desmigarse en el polvo. La publicidad se encarga, como es justo, de arruinar con estas advertencias también otros placeres. Al espectador que está viendo en la tele una película policiaca, una historieta sentimental o un reportaje le interrumpen, quizá mientras estaba concentrado en descubrir al asesino, otras historias que invaden la pantalla. Breves secuencias pobladas de mujeres bellísimas que sudan, transpiran, apestan, pierden fluidos en las partes más delicadas, tienen el cabello sucio y grasiento, mal aliento en bocas que invitan a la vista pero, evidentemente, repelen al olfato.

Dramas por fortuna con un rápido final feliz, porque en la pantalla aparecen de inmediato redentores efímeros pero respetables: lociones, pociones, aceites, ungüentos, tiritas, sprays, cremas; los cuerpos reverdecen, vuelven a seducir y a invitar, y poco después el espectador continúa con su película policiaca.

Dramas con final feliz, pero poco. Mientras la fe, desoída, proclama «gloriosa» aquella carne esplendorosa y promete una resurrección definitiva, el espectador de la tele se ve pronto interrumpido de nuevo y aquellos cuerpos —no solo femeninos sino también, aunque en menor medida, masculinos, como quiere la igualdad de oportunidades— están otra vez sudados, humedecidos, vergonzosamente mojados, malolientes. Hay que reconocer que la publicidad televisiva, si bien es de verdad una pesadez que estropea el honesto entretenimiento de quien querría ver una transmisión, es también un gran cuaresmario, el heredero de la universalidad de los Misterios medievales en los que toda belleza, riqueza y poder terminan en cenizas. Si no existieran las casas productoras de desodorantes, depilatorios, compresas y champús, ¿quién recordaría aún que estamos destinados al polvo?

22 de agosto de 2015

LA ESCOLLERA DE LOS FAMOSOS

Aquí sé quien soy, decía Julius Kugy, el gran alpinista y vigoroso escritor, además de organista de Gorizia, cuando se encontraba en sus Alpes Julianos. Algunos lugares forman a veces casi un todo con nuestras personas, son una modalidad de nuestra relación con el mundo. Lugares significa paisajes, naturales o contruidos por el hombre, o mejor ambas cosas, el lago y la pequeña casa en la orilla, indisolubles en un poema de Brecht. Lugares significa sobre todo personas, más o menos cercanas o casi desconocidas, pero en todo caso testigos, aunque parciales, de nuestro existir.

Para mí, uno de estos lugares es la escollera de Barcola, es decir, la carretera que bordea el mar a la entrada de Trieste y desde donde la gente se zambulle, sin pago previo, en aguas que enseguida se vuelven profundas. Un lugar que para mí se identifica con el verano, la verdadera estación de la vida (me gustaba mucho, cuando leía las novelas de Fenimore Cooper, que sus mohicanos contaran sus propios años llamándolos «veranos» en vez de «primaveras»). Hasta una modesta carretera al borde de un mar abierto puede convertirse en un teatro del mundo, como hace años, cuando un hombre murió de un infarto en el agua y, una vez sacado a la orilla, a la espera de la ambulancia, permaneció largo rato, muerto bajo una sábana, en medio de los demás bañistas, tumbados junto a él tomando el sol o sentados jugando a las cartas.

También ese lugar está hecho de personas, más o menos las mismas que acuden a diario al mismo sitio, convertido casi en un derecho adquirido y que poco a poco se entretajan, aunque sea de manera superficial, en el mosaico de una vida común, no igual, pero casi, a una clase de la escuela. Por eso no es extraño que de vez en cuando uno, tendido al sol o saliendo del agua, sea reconocido y, aunque no sea Hemingway, requerido para firmar un libro. Pero el otro día las cosas se desarrollaron de forma distinta y más gratificante. «¿Es suyo este perro?», me preguntó una señora señalando a Jackson, mi grifón de Bruselas, compañero fundamental de mi vida y también amante del mar, aunque, con el paso de los años, más sosegadamente. A mi respuesta afirmativa, la señora replicó: «Entonces usted debe ser Claudio Magris.» Ahora también yo, gracias a Jackson, sé quien soy.

2 de octubre de 2015

PECADO DE ACRITUD

Misa de Pascua en Aurisina, en esloveno Nabrežina, pequeño y animado municipio del Carso, en la provincia de Trieste. El párroco habla en su homilía de resurrección, la de Jesús y la interior que se ofrece a cada uno, el renacimiento espiritual que debería renovar a la persona y darle alegría, como dice Jesús: «Que vuestra alegría sea plena.» Pero si miro alrededor, si os miro a vosotros —continúa el párroco adelantándose un poco sobre el púlpito— no veo caras de resurrección, sino más bien de calvario, tristonas y enfurruñadas.

El párroco tiene razón de tomarla con nuestras caras largas, más frustradas y desconfiadas que abiertas y alegres. Él sabe muy bien que hay muchas razones, personales y colectivas, que ponen sombra en un rostro y lo marcan con cicatrices espirituales, dolores, angustias, enfermedades, soledades, dificultades de todo tipo. Pero, por supuesto, el párroco no la toma con el sufrimiento de su gente, porque sabe que la fe está llamada a aliviar y a combatir las heridas del cuerpo y del corazón, y quizá a veces nace de esas heridas. Pero esa opaca acritud de nuestras caras no es solo expresión de dolor o de malestar. Es el agrio resentimiento de quien se consume por lo que no tiene, en lugar de alegrarse por lo que tiene; de quien no se siente adecuadamente considerado; del vicedirector no ascendido todavía a director y más insatisfecho, a pesar de su considerable sueldo, que el empleado a sus órdenes; del escritor furioso porque ha recibido un premio, pero no otro más importante; el partenaire que se siente incomprendido y no se pregunta, como no se lo pregunta casi ninguno de nosotros, si no es él o ella quien no comprende al otro. En ocasiones, el resentimiento, han dicho grandes filósofos, es una llave de la historia, individual y general.

Ese párroco está, de modo inconsciente y no por equivocación, revalorizando la fisionomía, frecuentemente vituperada, y con justicia, por algunas de sus implicaciones racistas. Hay una boca ácida —de dolor de tripa, se dice en Trieste— que no siempre es sufrida experiencia del dolor, sino orgullosa renuencia a sentirse comprendidos y satisfechos, a diferencia de ese personaje recordado por Isaac Bashevis Singer en sus memorias de infancia, un pobre diablo en cuyo rostro «había siempre una expresión de satisfacción». Máximo el Confesor, teólogo y mártir cristiano del siglo VII, decía que la oscuridad y la tristeza ocultan con frecuencia un consciente o inconsciente rencor. Las grandes fes religiosas conocen bien el abismo del dolor, el sudor de sangre de la desesperación, pero no se deleitan en eso, al contrario, aman la alegría: la serenidad budista, la dicha franciscana, el Vidente de Lublin, un santo judeoriental que amaba a un pecador impenitente porque, a pesar de sus muchas caídas, había conservado intacta la alegría.

La misa ha terminado, podéis ir en paz. Solo cuando puedes volver a reír, decía un escrito que leí hace más de treinta años en la puerta de la catedral de Linz, has perdonado de verdad.

14 de abril de 2016

INTRADUCIBLE

Instantánea de un paseo por el Carso hace unas semanas. Un apólogo lapidario para los traductores, una epifanía de su trabajo grande e imposible. Dos niños, bajo la atenta mirada del abuelo, juegan en una dolina inventando sin parar aventuras imprevisibles. Él —se llama Isaccotiene dos años y algunos meses, me dice orgulloso el abuelo; la piel morena y el pelo rizado de hijo de padres de distinto color, ojos brillantes, tiernos y pícaros, rebosantes de inteligencia y de alegría de vivir. Trepa a un árbol, se cae, se levanta riendo, se fabrica un bastón o un fusil con una rama, trata de silbar con una caña, persigue a un pájaro que se mueve poco antes de su ataque. Ella se llama Vera, blanca, luminosa y esquiva margarita de dulcísimos ojos azules; tiene un año, mira fascinada, asombrada y a veces intimidada el mundo que su primo de fascinante piel oscura conquista metiéndose en la boca del lobo y gritando: «¡Al abordaje!»

De vez en cuando ella se tropieza en la hierba espesa y húmeda y él, bravucón generoso, la ayuda a levantarse; si el abuelo le da una galleta, él le da un trozo a ella y vuelve a la ronda por sus dominios. Es evidente que el mundo es suyo y que lo abre magnánimamente a los demás sin perder el sentido de poseer la vida. Quizá la felicidad no es más que esta nobleza. Cuando el abuelo, mirando al cielo, que va clareando tras la lluvia recién acabada, se dice a sí mismo, a media voz inteligible para quien está cerca, «Llega primavera», el niño, que estaba corriendo, se para, se vuelve y le dice dulce pero firme: «No, primero Isacco.»

Genialidad inconsciente e intraducible. Traducir, decía un viejo manual triestino, es imposible pero necesario.

8 de mayo de 2016

SELFIE

El coche está parado en la salida del garaje, bloqueado por otro coche aparcado indebidamente —por poquísimos segundos, promete el parpadeo de las luces intermitentes delante de la entrada misma del garaje. El conductor que quiere salir toca el claxon, cada vez más fuerte pero sin éxito; en el otro coche no está el conductor. Insiste con el ensordecedor claxon hasta que sale de su vehículo y se acerca al que le cierra la calle. Su cara tiene una expresión de furia y rencor. Desde luego, tiene buenas razones para estar irritado, quizá sea el temor a perder el avión lo que imprime en su rostro tanta furia.

En el coche infractor solo hay una niña de unos siete u ocho años. Está acurrucada detrás, con expresión inquieta, casi espantada; murmura que su mamá se ha ido solo un momento y volverá enseguida. El iracundo bloqueado se impacienta por momentos, pregunta adónde ha ido la madre, a qué tienda; la niña no lo sabe, él toca el claxon del coche, a ella se le saltan las lágrimas, él toca y toca y dice que va a llamar a los guardias. Ella es una cervatilla atemorizada; él, inclinándose sobre el parabrisas, amenaza de nuevo con llamar a los guardias y ve su reflejo en la luna del coche. Me doy cuenta de que nunca me he visto tan feo y desagradable y, mientras veo llegar apresurada y nerviosa a la conductora, también ella molesta por la situación, me alejo deprisa de su coche y para evitar el encuentro desaparezo unos segundos en la oscuridad del garaje.

1.º de julio de 2016

La muerte fue instantánea.
ALDO PALAZZESCHI